



Ramón de Campoamor

Ternezas y flores

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Ramón de Campoamor

Ternezas y flores

La niña y la mariposa

Va una mariposa bella

volando de rosa en rosa,

y de una en otra afanosa

corre una niña tras ella.

Su curso, alegre y festiva,

sigue con pueril afán,

y con airoso ademán

la mariposa se esquivo.

A veces con loco intento

quiere hacer presa en sus galas,
10

y, en vez de tocar sus alas,

toca las alas del viento.

Y su empeño duplicando,

cuanto más corre afanosa,

mas leda, la mariposa
15

va su inocencia burlando.

La ciñe en rápido giro,

y al ir a cogerla esbelta,

por cada vez que se suelta,

suelta la niña un suspiro.

20

Mas, sin ceder en su anhelo,

presta una, y, la otra ligera,

ni una acorta su carrera,

ni la otra amaina su vuelo. [42]

25 Y vagan embebecidas,

sin sentir indiferentes

ni el son de las claras fuentes,

ni el de las auras perdidas.

Ni los pájaros que espantan,

30 entre las ramas divisan,

ni ven las flores que pisan,

ni oyen las aves que cantan.

Y mientras éstas cantando

siguen con plácido estruendo,

la niña sigue corriendo,
35

la mariposa volando.

-Amaina el vuelo sereno,

mariposa,

de quien es albergue el seno

de la rosa.
40

¿Por qué en tal dulce ocasión

vas sin tino

huyendo así la prisión

de lazo tan peregrino?

Reina de las blandas flores,
45

sus enojos

no temas, ni los ardores

de sus ojos,

porque ese puro arrebol

50 que enamora,

si es luciente como el sol,

es tierno como la aurora.

Entre mil palmas no hay talle

más galano,

55 ni azucena en todo el valle

cual su mano.

No oirás de su voz divina

la dulzura,

ni en el ruiseñor que trina,

ni en el raudal que murmura.

60

Aprende el aura a ser leve

de su planta,

y, para formar con nieve

su garganta,

le dio el cisne el atavío
65

de su pluma,

lumbre la aurora, y el río

su plata, cristal y espuma.

-No sigas más la inconstante

mariposa,
70

enamorada y errante

niña hermosa,

que al fin vendrá a ser cautiva

de tu llama,

75 si aun amorosa, aunque esquivada,

la luz de los cielos ama.

Y aunque aspira de mil flores

la fragancia,

no imites en tus amores

80 su inconstancia;

que al fin de tanto vagar,

suele, hermosa,

entre las flores hallar

la hierba más venenosa.

85 Imita sólo su vuelo,

pues serena,

jamás, niña, toca el cielo,

ni la arena.

Quien se humilla o sin razón

90 subir quiere,

muere a manos de un halcón,

si a las de un áspid no muere.

Mas ¡ay! que vas en pos de ella

vagarosa,

sin escuchar mi querella,
95

niña hermosa.

Sigues con presteza tanta

tu contento,

que así encomiendas tu planta,

como mi súplica, al viento.
100

Y en tan inocente afán,

como su gusto entretienen,

así vagabundas vienen,

y así vagabundas van.

A veces en su embeleso
105

la mariposa, al pasar,

suele fugaz estampar

sobre su mejilla un beso.

Y rauda su vuelo alzando,

la niña de ángel blasona,
110

al trazar una corona

sobre su frente girando. [43]

Y siguen acordemente

la mariposa en sus giros

la niña con sus suspiros,
115

con sus rumores la fuente.

Vagan los aires suaves

formando dobles acentos,

y al grato son de los vientos,

siguen cantando las aves.
120

Y entre tanta melodía,

tanta corriente murmura,

que es todo el aire frescura,

aroma, luz y armonía.

Y susurrando congojas,
125

prosiguen mintiendo quejas,

en el pensil las abejas,

en la enramada las hojas.

Y tiernas flores hollando,

y frescas auras batiendo,
130

la niña sigue corriendo,

la mariposa volando.

[44]

La flor del valle
Impresiones de un día de viaje

Flor columpiada entre abrojos,

que en tan apacible calma

trocando estás mis enojos;

tanto me encantas el alma

cuanto suspendes mis ojos.

Y no para mi tormento

quieras divertir mi intento,

que asaz divertido está;

deja a un triste que en el viento

sembrando ilusiones va.

10

Y aunque hacia ti me encamina

tu purpurino arrebol,

déjame, flor peregrina,

que trasponga esa colina

antes que ese monte el sol.
15

Porque, en mi amante locura,

comparándote a mi bien,

al lado de tu hermosura

me hallará la noche oscura,

y el claro día también.
20

Huyendo voy del amor

y de sus templadas iras;

si voy o no con dolor,

¡bien claro lo miras, flor,

si es que a los ojos me miras!
25

¡Cual en un pecho afligido

la ya adormecida holganza

despierta un valle florido,

y más cuando está vestido

del color de la esperanza!

¡Qué dulce si canta un ave

con tierno y sentido afán!

¡Si forma el aura suave

sonidos que nadie sabe

si cruzan, vienen o van!

¡Y cómo el alma enajena

el agua murmuradora,

cuando, al tumbarse serena,

roba las conchas sonora

rodando sobre la arena!
40

¡Qué regaladas dulzuras

la queja en el alma deja,

de aquellas tórtolas puras,

pues se dicen mil ternuras

para decirse una queja!
45
[45]

Y los sentidos atentos

a tan deliciosos sonos,

¡oh, cómo escuchan contentos

las acordadas canciones

de los acordados vientos!

50

¡Bien hayas, pintada flor,

gloria del pintado Abril,

de tan delicado olor,

que extiende el aura sutil

con tus olores, tu honor!
55

Los rayos del sol te doran;

por ti las aves suspiran;

los céfiros te enamoran,

y los viajeros te admiran,

si las serranas te adoran.
60

Te prestan son los ambientes,

el plácido Abril sus galas,

ruido las mansas corrientes,

oro las rubias zagalas,

plata las serenas fuentes.
65

Te arrulla el árbol sombrío,

el alba aljófar te llora,

te da la noche rocío,

perlas y espumas el río,

luz y diamantes la aurora.
70

Y al valle tu olor prestando,

con muelle calma estás viendo

cruzar por el aire blando,

ya las tórtolas gimiendo,

ya las alondras cantando.

75

Y en dulce tropel hirviente

livianos los ecos luchan,

fatigando el manso ambiente,

por repetir dulcemente

lo que dulcemente escuchan.
80

Y los sentidos atentos

a tan deliciosos sonos,

¡oh, cómo escuchan contentos

las acordadas canciones

de los acordados vientos!
85

-Al ver tanto bien, mi estrella

me acuerda los que goce

en el regazo de aquella

que loco por bella ame,

y me desprecio por bella.
90

No es la luz de la mañana

cuando del valle lozana

las plácidas flores pisa,

tan hechicera y galana

como su dulce sonrisa.
95

Tanto ¡oh flor! se hace temer

el oro de sus cabellos,

que menos es menester

que el que ellos se dejen ver,

para ser esclavo de ellos.
100

Y más el alma enajena

que el agua murmuradora,

porque es su voz seductora

como las auras, serena;

como las fuentes, sonora.
105

Tiene, si el alba blancura,

nieve su pecho gentil,

como las palmas, frescura,

cristales su frente pura,

coral su boca y marfil.
110

Es de las serranas diosa,

dulce afán de los pastores,

tierna amiga de la rosa,

hermana del alba hermosa,

reina de las bellas flores.

115

- ¡Triste, y con turbado intento,

de todas mis dichas hoy

me alejo, y de mi contento!...

Por eso, flor, en el viento

sembrando ilusiones voy.
120

Adiós; y no extrañes, flor,

que mis amores te cuente,

porque no hay placer mayor

como el placer que se siente

contando cuitas de amor.
125

En prueba de mi ternura,

para aliviar mis dolores

toma esta lágrima pura,

a ver si una vez natura

me da por lágrimas flores.
130

Mas si nacieran así,

fuera, según la abundancia

con que salieron de mí,

todo un pensil la distancia

que media desde ella a ti.
135
[46]

Y así su son los ambientes

te den, y el Abril sus galas,

ruido las mansas corrientes,

oro las rubias zagalas,

plata las serenas fuentes.

140

Y al valle tu olor prestando,

con muelle calma estés viendo

cruzar por el aire blando,

ya las tórtolas gimiendo,

ya las alondras cantando.
145

Y adiós; que turbio ilumina

el vespertino arbol,

déjame, flor peregrina,

que trasponga esa colina

antes que ese monte el sol.
150

[47]

A la luz

Silva primera
La mañana

Ya la luz matutina

fantástica, riente,

se asoma peregrina

por el rosado Oriente,

y rica y esplendente
5

entre risas y perlas se avecina.

En las auras, pasando,

sus levísimas huellas

ligera va estampando,

las nubes matizando,
10

éstas de nieve, de carmín aquéllas.

Ya las tiñe nevada,

riendo bulliciosa,

ya en sus limpios vapores,

partida en mil colores,
15

las esmalta rosada,

bella, si colorada,

pero si blanca, hermosa.

Y así pasando leve,

fugaz de nube en nube,
20

pisando veleidosa

con su fúlgida huella,

ésta con pies de nieve,

con pies de rosa aquella,

la luz de la mañana
25

por el Oriente sube,

derramando lozana

con grata confusión jazmín y rosa, [48]

Su colorada lumbre,

como tapiz galano,
30

desde la aérea cumbre

del más alzado monte

tiende risueña hasta el florido llano.

Y discurriendo esquivando

por el vago horizonte,
35

entre sombras y lejos

tiñe con sus reflejos

la niebla fugitiva;

y así con raudo vuelo

40 sus vivos resplandores

cruzan el ancho cielo,

cegando estrellas y dorando flores.

Las despeñadas fuentes

su venida celebran

hirviendo transparentes,

45

y con bullir sonoro,

entre las guijas de oro

cuajando espuma sus cristales quiebran.

El amoroso bando

de céfiros süaves

50

va por el valle errando,

sin fin multiplicando

los dulces ecos de las dulces aves.

Saludan la alborada

los arroyos corriendo,
55

los pájaros trinando:

aquéllos las orillas

de perlas guarneciendo,

y éstos al aire blando

plumas y sones dando.
60

Ligeras a su luz corren las fuentes;

solícitas susurran las abejas:

los céfiros murmuran transparentes,

y los olmos también, que entre sus hojas

las tórtolas cobijan
65

que, gimiendo dolientes,

ya exhalan de dolor tiernas congojas,

ya repiten de amor plácidas quejas.

Anuncian su venida

las auras murmurando,
70

los arboles sus cúpulas meciendo,

las ovejas estáticas balando,

la mar sonora con su ronco estruendo,

con sus lánguidos sonos los ambientes,

con sus cantos los dulces ruiseñores,
75

bajando de los montes las corrientes,

subiendo de los llanos los pastores.

El prado su verdura

le ofrece cuando huella sus alfombras,

espejo el agua pura,
80

los árboles sus sombras,

los montes su frescura,

y perlas y colores,

verdor y aroma las modestas flores.

85 -¡Celeste emanación, reina del día!

aunque en silencio mudo,

si te veo ahuyentar la noche umbría,

yo también te saludo

con toda la efusión del alma mía.

90 Ven, luz resplandeciente,

cruzando el éter con serena calma,

porque las negras sombras

que en el turbio Occidente

a tu aspecto cobardes se apiñaron,

95 impuras me dejaron

sin paz los ojos, sin sosiego el alma.

Vea hundirse en el lóbrego Occidente

esa turba de nieblas malhadada

en confuso tropel, y sean nada

al dulce albor de tu serena frente.
100

Deshaz las sombras, portadoras antes

de regalados sueños,

y que en sus alas de vapor flotantes,

me traen hoy fatídicos ensueños.

Oscurece en tu espléndido camino
105

las pálidas estrellas,

porque no dude entre ellas

cuál la estrella será de mi destino.

Llévate en pos la desmayada luna,

que tristes para mí sus rayos fueron,
110

pues mil promesas por su faz me hicieron,

y nunca ¡oh luz! se me cumplió ninguna.

Apaga esplendorosa

de fuegos fatuos los siniestros brillos,

que las alas hendiendo
115

de la nocturna brisa,

van la amarga sonrisa

de espíritus maléficos mintiendo.

Alumbra los torrentes;

que al escuchar sus desacordes ruidos,
120

bañado en tierno llanto,

creí que violentos

los encontrados vientos,

arrastraban la fúnebre carroza

del erizado espanto.
125

Y rica de colores,

y pródiga de rosas y jazmines,

matiza los vapores

que pueblan los ambientes,

porque henchidos de cándida pureza,
130

imiten relucientes

las alas de los blancos serafines. [49]

Silva segunda
El mediodía

Descompuesta en cambiantes

por el éter resbalas

serena luz del cielo

con ilustre decoro,

tendiendo en manso vuelo

5

las relucientes alas

que engalanan, vistosas,

topacios y diamantes,

como tu albor brillantes,

10 y fúlgidas y hermosas

ricas cenefas de amaranto y oro.

Cándida fulgurando

tus rayos esplendentes,

vas en tu curso blando

15 serena matizando

las auras lisonjeras

con visos transparentes,

y limpia reverberas

si en los aires azul, blanca en las fuentes.

20 Luciendo esplendorosa

la atmósfera enriqueces,

a veces de oro y rosa,

de nieve y grana a veces;

y al repartir galana

ya el oro, ya la nieve,
25
[50]

ya la encendida grana,

con mágicos vislumbres

bordas, pasando leve,

de plata el ancho mar, de oro las cumbre

Y pura y rutilante,
30

desde tu claro asiento

con vagos resplandores

esclareces brillante

la tierra de colores,

si de llamas el viento;
35

y arrastrando lumbrosa

de blancos arreboles

el escuadrón lucido,

cruzas el aire, de tu gloria henchido,

con alas de jazmín y pies de rosa.
40

Alzas el vuelo ardiente

hacia el cenit radiante,

y en él vivificante

blanca te enseñas,

45 y con ligero paso,

desde, el risueño Oriente

hasta el ceñudo ocaso,

tu corte luminosa

en alas de tu ardor libre paseas.

50 Y al fogoso ardimiento,

aunque fogoso, grato,

de tu abrasado aliento,

con magnífica pompa y rico ornato

arden los bosques y se enciende el viento.

55 Natura, fascinada

al dulcísimo peso

de tan puro embeleso,

se aduerme sosegada.

Ni balan las ovejas,

ni las hojas se mueven,

60

ni las volantes auras

a murmurar se atreven.

Se ostentan en sus tallos

inmóviles las flores;

tendidos a las sombras,
65

del soto en las alfombras

se mira a los pastores.

Mudos callan los ecos,

las diáfanas corrientes

débil rumor levantan;
70

y, con blando reposo

en éxtasis sabroso

ni el aura vuela, ni las aves cantan.

Tal vez en la espesura

el céfiro despierta
75

para tejer doseles

de rosas y claveles,

porque en la frente pura

del clavel y la rosa

se mitigue la saña
80

de la luz enojosa,

cuando estival con profusión nos baña.

Cruzando perezosos

el prado los insectos,

los rayos luminosos
85

con lánguido desmayo

embelesados miran,

y mil átomos giran

en torno al resplandor de cada rayo.

90 A flor del agua pura

los peces se levantan

desde el profundo asiento,

y rápidos quebrantan

su límpida clausura

95 con presto movimiento.

La tersa superficie

se muestra delicada

partida en cien espejos,

y el aire matizando,

bellísimos reflejos
100

irradia colorada.

En la fuente serena

se mira rodeado,

cada grano de arena

de puros arreboles,
105

y en fingido traslado

cada gota gentil miente mil soles.

Los ánades sus alas

sobre las aguas tienden,

que cual lustrosos prismas
110

mil colores desprenden;

y ya azul, ya rosada,

ya de color de nieve,

sutilísima, leve,

la luz brillando, salta
115

do sus flotantes plumas,

y blanca y azulada,

y de color de rosa,

y esplendida y hermosa,

ligeramente esmalta
120

las bullentes y cándidas espumas.

Pulidos reluciendo

los purpúreos corales,

los nácares y conchas

y perlas orientales,
125
[51]

con fúlgida armonía,

espléndidos parecen

los blancos arenales

alfombras de brillante pedrería.

La meridiana lumbre
130

su planta esplendorosa

sobre las nubes sienta,

y allá en la excelsa cumbre

la frente nacarada

de záfiro ornada,
135

con pompa, majestad y orgullo ostenta.

Vertiendo ardor fecundo,

con pies de rosicler bordando flores,

la luz que tanto adoro

con leves alas de oro
140

el claro vuelo sigue, henchido el mundo

de arbores y llamas,

y reflejos y visos y colores

-Serena luz: ¡qué hermosa,

arrastrando tu séquito lucido,
145

cruzas el aire, de tu gloria henchido,

con alas de jazmín y pies de rosa!

Por eso arrebatadas

por beber de tus rayos celestiales

la benéfica lumbre,
150

rápidas hienden la celeste cumbre

en vistoso tropel las garzas reales.

Por eso transparentes

caminando las fuentes

con sosegadas huellas,
155

ni murmuran querellas,

ni arrojan perlas, ni rumor levantan;

y sin duda por eso

adormidas con mágico embeleso,

ni el aura vuela, ni las aves cantan.

160

¡Oh! Corona la esfera

del ardimiento grato

de tu abrasado aliento,

porque al fulgor de tu imperial carrera,

con magnífica pompa y rico ornato,
165

ardan los bosques y se encienda el viento.

[52]

Silva tercera
La tarde

Con agradable paso,

dulce, adorada lumbre,

el noble señorío

cedes del cielo raso

al resplandor sombrío

de las rubias estrellas,

y plegando tus alas

en grata mansedumbre,

recoges ¡ay! con ellas

tu hermosa esplendidez y ricas galas.

10

Ornada de rubíes,

hundes la tierna frente

en la mar encendida,

y con franjas vestida

de rojos carmesíes,
15

retocas levemente

la mar de verde y plata,

de azul del ancho cielo,

y, con lucido vuelo,

las nubes de escarlata,
20

y de esmeralda el suelo.

De las excelsas vías

ligera te desprendes,

y si al nacer subías [53]

de nube en nube osada,
25

ya mustia y desmayada,

de una en otra descienes,

y en las verdes alfombras

de los profundos mares

tu manto real descolorida tiendes,
30

cegando luces y engendrando sombras.

Con plácido desmayo

su incendio peregrino,

ya débil, mortecino,

se apaga rayo a rayo;
35

y leve y rubicunda,

de su fulgor escaso

débilmente se inunda

el esplendente ocaso;

y fulgurando triste,
40

de la atmósfera vana

el transparente manto

ligeramente viste

con pálidos reflejos,

ya aquí de rosa y grana,
45

ya allá de nieve y rosa,

acullá de amaranto,

más lejos de oro, y de jazmín más lejos.

Iluminando apenas

el cárdeno horizonte,
50

con ráfagas serenas

riela esplendorosa

colorada en el monte,

rica en los cielos, y en la mar hermosa.

¡Cómo están despidiendo
55

del rojo sol las postrimeras lumbres

con desacorde estruendo,

balando los rebaños por las cumbres,

por los valles las tórtolas gimiendo!

Y en alas de los céfiros suaves
60

formando bandas, por los aires, bellas,

¡oh, cómo en pos de sus brillantes huellas

rápidas van las altaneras aves!

Con lúgubre gemido

solloza el manso viento;
65

es un ¡ay! cada ruido,

cada voz un lamento.

Los árboles sus cúpulas frondosas

con verde pompa y majestad inclinan,

a impulso de las auras sonoras

70

que hacia el ocaso tras la luz caminan.

Si alza la noche su atezado manto,

la luz huyendo, sus horrores dobla;

si gime un ave en dolorido canto,

el eco gime, y su plañir redobla.

75

Quejas levanta al murmurar doliente

fugaz el aura en apacibles giros,

y al trasmontar la luz, son de la fuente

las aguas llanto, y el rumor suspiros.

¡Ay! no es así cuando a los frescos llanos
80

bajan al alba en celestial decoro

sílfides blancas, que con rubias manos

la aurora ciñen con guirnaldas de oro.

Plácida entonces entre flores gira

ligera el aura despertando olores,
85

y regalada del frescor, respira

amor la selva, y la pradera amores. [54]

La niebla entonces por el manso viento

se adorna de los rayos matutinos,

y entonces se oyen con sabroso acento,
90

en vez de quejas, amorosos trinos.

-¡Sombras, que osadas hacia el rubio ocaso

camináis tristemente

tardías, refrenad el negro paso;

que aun brillan, cual lucientes atalayas,
95

del yerto monte las robustas hayas!

¡Refrenad, bando impuro,

el paso acelerado,

templando los horrores

de vuestro manto oscuro;
100

que aun miro alborozado

del claro sol al resplandor propicio,

si alfombras huella de olorosas flores,

o la orilla tal vez de un precipicio!

No importa que de estrellas,
105

al parecer tan bellas,

bordéis esplendorosas

las alas tenebrosas;

sus pálidos reflejos

son mentidos espejos;
110

y el brillo afrentan de las más preciosas

las falsas piedras, si se ven de lejos.

Mas ¡ay! que con tu corte refulgente,

luz de mis ojos, te abismaste en tanto...

¿Por qué, si al trasmontar, son de la fuente
115

ayes los sones, y las aguas llanto?

Vuelve otra vez, porque a los frescos llanos

bajen al alba en celestial decoro

sílfides blancas, que con rubias manos

la aurora ciñan con guirnaldas de oro.
120

Vuelve, y que entonces entre flores gire

ligera el aura despertando olores,

y regalada del frescor, respire

amor la selva, y la pradera amores. [54]

La guirnalda

Dar pretendo a la más bella,

que menos sepa de amores,

una guirnalda de flores,

y mi corazón con ella.

Niñas de los ojos bellos,
5

al triunfo optad las primeras,

si al par contáis hechiceras

las gracias y los cabellos.

Venid sin vanos aliños

con ella a ser coronadas,
10

hermosas como las hadas

con quien soñamos de niños.

Palma del mejor modelo

será esa guirnalda hermosa,

que al aire ondea graciosa,
15

mintiendo el iris del cielo.

Listadas de azul y gualda

sus bellas flores nacieron;

jamás las gracias tejieron

tan peregrina guirnalda.
20

Ved las auras amorosas

¡cómo vagando la mecen!

ved ¡qué conformes parecen

entre los lirios las rosas!

Con los azahares distinto
25

junta el clavel su carmín,

y entre jazmín y jazmín,

salta el color del jacinto.

¡Cómo en la tierna guirnalda

concuerdan con dulce agrado
30

con el matiz más nevado

la más subida esmeralda!

¡Y cuán gallardas las flores

dan, con gentil movimiento,

capullos y hojas al viento,
35

frescura, esencia y colores!

Si alguna, entre tanta bella,

aspira al don soberano,

levante airosa la mano,

y ciña su sien con ella.
40

Mas cuide no se la ciña

sin ser de beldad modelo,

pues pagara, vive el cielo,

su inadvertencia de niña.

Que nadie el don halagüeño
45

sin causa podrá alcanzarlo,

pues se deshace al tocarlo,

como la dicha de un sueño.

De alguna sé que la palma

ganar en la lid podría...
50

Mas cesa, esperanza mía,

no así me inquietes el alma.

Que no han de empañar ahora,

al recordar mis amores,

otras lágrimas las flores
55

que las que les dio la aurora.

Esa florida guirnalda,

ya despojada de abrojos,

ha de hechizarme los ojos

sobre la tez de una espalda.
60

Venid, venid, peregrinas,

matando, niñas, de amores.

justo es que gocéis las flores

alguna vez sin espinas. [55]

Y no diréis que inhumano
65

vuestro placer no prevengo,

cuando por vosotras tengo

llena de heridas la mano.

¿Y a quién, al verla, no asombra

esa guirnalda gentil,
70

tan vaga, aérea y sutil,

que, opuesta al sol, no hace sombra?

Del cielo la transparencia

afrenta, así desplegada,

de aire y matices formada,
75

lumbre, contornos y esencia.

Cual las esperanzas mías,

tiene su verde frescura,

y tan fresca su verdura

como el abril de mis días.

80

Aun no ajaron sus colores

del céfiro los arrullos,

ni el huracán sus capullos,

ni las abejas sus flores.

Y con tenue movimiento,
85

jamás tocaron sus galas

ni del ruiseñor las alas,

ni los gemidos del viento.

Naciente, pura y hermosa,

se ostenta con pompa suma
90

tan fresca como la espuma,

tan suave como la rosa.

Y fresca y suave y pura.

sobre los aires flotando,

desde hoy la dejo esperando
95

la reina de la hermosura.

Por esto si alguna bella

merece el don soberano,

levante airosa la mano,

y ciña su sien con ella.
100

[56]

A Felisa
El día de su boda

Aunque a la aurora temores,

y al mismo sol des enojos,

te sientan con mil primores

la languidez en los ojos,

y en el cabello las flores.
5

Muestran tantas maravillas

los diamantes en tu cuello,

las rosas en tus mejillas,

que con real ornato brillas

desde la planta al cabello.
10

Y aunque arreo tan brillante

dé a tu belleza decoro,

¡ay, que en tu lindo semblante

oculta cada diamante,

bella Felisa, un tesoro!
15

Vertiendo dulce sonrisa,

no ocultes los ojos bellos,

porque te dirán con risa

que ya leyeron, Felisa,

tus pensamientos en ellos.
20

Embebecida y errante

vagas con planta insegura,

cual si escucharas amante

el céfiro susurrante

que entre tus bucles murmura.

25

[57]

Ya sé que en este momento

las niñas en dulce calma

oyen, con turbado intento,

cosas que murmura el viento

y escucha gozosa el alma.

30

Ya sé que el cielo abandonan

los ángeles, y que hermosos

de luz su frente coronan,

y dobles himnos entonan,

de su hermosura envidiosos.
35

Sé que en sus ojos se encantan,

y que en torno se revuelven;

acentos de amor levantan;

las llaman hermosas; cantan;

besan su faz, y se vuelven.
40

Y en este instante de gloria,

con recuerdos seductores,

ya sé que por su memoria

pasan la amorosa historia

de sus pasados amores.
45

Por eso, Felisa, errante

vagas con planta insegura,

cual si escucharas amante

el céfiro susurrante

que entre tus bucles murmura.
50

Dime si tal vez, hermosa,

en esa ilusión tranquila

probando estás amorosa

la dulce miel que destila

el dulce nombre de esposa.
55

Di si en tus ojos se encienden

los ángeles; si contento

te causa tal vez su acento;

y si mirándote, tienden

las blancas alas al viento.

60

Di si recuerdas, Felisa,

las canciones que sonaron

en tu calle, y se apagaron;

¡que por Dios que bien aprisa,

siendo tan dulces, pasaron!
65

Ya no escucharás cual antes,

allá en las noches serenas,

sobre los aires flotantes,

las sabrosas cantilenas

de los rendidos amantes.
70

Que os es muy grato a las bellas

al son del arpa importuna

oír amantes querellas,

ya al brillo de las estrellas,

ya al resplandor de la luna.
75

Y os place ver derramados

cantos de amor por los cielos,

porque causen acordados

a otras hermosuras celos,

y a otros galanes cuidados.
80

Y oís las trovas de amores,

en vuestro lecho adormidas,

como los vagos rumores

que hacen al ondear las flores,

de vuestras rejas prendidas.

85

Y al despertar, con empeños

tal vez pensáis que, halagüeños

os dan, cantando, placeres,

esos dulcísimos seres

con quien platicáis en sueños.
90

-Mas ¡ay, que ya se apagaron

aquellos cantos, Felisa,

que en tu alabanza sonaron!

y por Dios, que bien aprisa,

siendo tan dulces, pasaron.
95

Pasaron los amadores,

llevando sus falsas llamas;

tiempo cos que libre de azores

trate, Felisa, de amores,

la tórtola entre las ramas.
100

Ya no escucharás, cual antes,

allá en las noches serenas,

sobre los aires flotantes,

las sabrosas cantilenas

de los rendidos amantes.
105

Las rosas que con pasión

hoy te prendiste galana,

las últimas rosas son

que columpió en tu balcón

la brisa de la mañana.
110

Si ya con plácidas glosas

tu pecho nunca se embriaga,

aun hay canciones gustosas,

con que a las tiernas esposas

el aura nocturna halaga.
115

Si trovas no están rompiendo

tus sueños, como hasta aquí,

los romperá el dulce estruendo

de algún pecho que gimiendo

esté, Felisa, por ti.
120

Y unos sones muy callados

oirás cruzar por los cielos,

sin que causen, acordados,

ni a otras hermosuras, celos,

ni a otros amantes, cuidados.
125

Y a cada momento, hermosa,

en grata ilusión tranquila,

podrás probar amorosa

la dulce miel que destila

el dulce nombre de esposa.
130

Tu risa

Agite placentera

la risa veleidosa,

como el aura ligera,

tus mejillas de rosa.

Descienda fugitiva
135

por la serena frente,

ya desaparezca esquivada,

ya torne de repente,

ya en fantástico vuelo

vague, en torno girando,
140

ya, dando tregua al duelo,

huya y torne fugaz, fugaz pasando.

Y después amorosa,

luego que haya tocado,

ya el labio colorado,
145

ya la mejilla hermosa,

aérea, rutilante,

como leve ambrosía,

venga a caer amante

en lo más hondo, al fin, del alma mía.

150

[58]

El arroyo

Arroyo sosegado,

que al resbalar so la enramada bella,

murmuras acordado,

rico de espejos, si de aromas ella,

5 en vagos resplandores

confundiendo tus visos con sus flores,

Ayer cuando naciste,

eras pequeño manantial sin brío,

después arroyo fuiste;

10 luego serás en la floresta río,

y más allá corriente

que el mar arrostres con soberbia frente.

Apresurado llega,

al par de las clarísimas cascadas,

a la cercana vega,
15

que a su placer descienden reclinadas

con brillante decoro

en blandos lechos de esmeralda y oro.

Prosigue; que a tu lado

gimiendo iré, cuando fugaz murmures,
20

y de mí acompañado

hasta el valle serás, aunque apresures

tu cristalina marcha

con frente de ovas y con pies de escarcha.

Los dos con dulce estruendo
25

iremos, tú placeres murmurando,

yo pesares gimiendo;

y nuestras voces a la par alzando,

serán tus alegrías

rémora acaso de las penas mías.
30

Cuéntame dó luciente

bordaste de tu linfa cristalina

el manto transparente

de tanta perla y esmeralda fina,

y con belleza suma
35

de dónde arrastras tu nevada espuma. [59]

Cuéntame si brotaste

al pie de un sauce o de elevado pino;

los prados que cruzaste;

cuántos mármoles viste en tu camino;
40

las flores que bañaron

tus frescas aguas, y a su humor brotaron.

Dime las dulces aves

que de los olmos de tu blanda orilla

te cantaron süaves,
45

y las sierpes que al verte sin mancilla

vertieron su veneno

para poder cruzar tu limpio seno.

Dime si las zagalas

tus claras urnas ilustrando viste
50

sin inútiles galas;

y cuéntame los sueños que infundiste

al oír los pastores

el dulcísimo son de tus rumores.

Que yo te iré contando
55

mis cortos bienes y mis luengos males.

-Mas ¿la vega mirando,

presuroso despeñas tus cristales

y rápido te alejas?

Bien haces ¡ay! por no escuchar mis quejas.
60

-¡Qué hermosa está la vega,

cuando bañada de feraz rocío,

fructífero la riega

el ámbar celestial de tanto río,

sobre su nácar blando
65

la clara luz del sol reverberando!

Las aguas transparentes,

formando al oscilar claros espejos,

los delgados ambientes

arrebolan de mágicos reflejos,
70

que ya azules, ya rojos,

embelesan extáticos los ojos.

¡Mil veces venturosas,

tan henchidas de honor, como abundantes,

corrientes sonoras,
75

que pagando tributos en diamantes,

camináis sosegadas,

de palmas inmortales coronadas!

Y así con tal premura

con las aguas medréis de las praderas,
80

que, al ver tanta hermosura,

espantada abandone sus riberas,

y ceda a vuestro brío,

reprimida la mar, su señorío.

85 Seguid, claras corrientes,

con dulces y suavísimos rumores,

poblando los ambientes

de reflejos y débiles vapores,

que como frágil velo

los rayos templen de la luz del cielo.
90

Y a ocultar en los mares

que llevéis estas lágrimas os pido,

fruto de mis pesares,

y último resto de mi afán perdido,

si acaso por ser mías
95

no las desdeñan vuestras ondas frías.

[60]

Mi harén en Andalucía

El alba la luz temprana

turbados mis ojos ven,

¿y aun a estas horas, sultana,

desierto tienes mi harén?

¿De cuándo acá, vida mía,
5

a desterrar mis enojos

viene antes la luz del día

que el resplandor de tus ojos?

Olvida amantes agravios,

y ven, sultana, a mi lecho,
10

con la sonrisa en los labios

y la ternura en el pecho.

Ven; que ya libre de penas,

te ofrezco en amante lazo

amor en vez de cadenas,
15

y en vez de hamaca un regazo.

Tus dulces labios en calma

aspiren con tierno afán

estos suspiros del alma

que a ti de su centro van.
20

Y para darte más gloria,

tristes verdades mintiendo,

voy a contarte una historia

que anoche forjé durmiendo:

-«Era una hermosa sultana
25

de talle esbelto y galán,

que ha cautivado inhumana,

siendo cautiva, al sultán.

Jamás su altivez sentía

por su cautiverio enojos,
30

porque la ingrata tenía

la libertad en los ojos.

Y aunque tan cruda la bella

pagaba al amante fiel,

nunca el rigor de su estrella
35

maldijo en sus cuitas él.

Que al hado acusar de impío,

después de amantes reveses,

es conjurar al estío

que ya ha abrasado las mieses.
40

Y en las revueltas de amor

tan mal el amor nos paga,

que está en más el agresor

que hace más honda la llaga.

En la memoria grabando
45

el cuento ve, que es tan cierto,

como el que forja soñando

lo que le pasa despierto.

Libre ella, y él en su afán,

vivían hoy y mañana,
50

así rendido el sultán,

y exenta así la sultana. [61]

Siempre llamaba antes que ella

a sus ventanas el día,

y con los suyos la bella
55

jamás sus labios ungía.

Y eso que el triste en su agravio,

por más que su fe te asombre,

sólo secaba su labio

mentando en sueños su nombre.
60

¡Ay del mortal que en sus sueños

no acuden a darle holganza

esos fantasmas risueños,

fruto de nuestra esperanza!

¡Ay del sultán que en su pena
65

cultiva locos amores,

como un erial, cuya arena

ni cría césped ni flores!

¡Triste de aquel que su amada

junta soñando a su pecho,
70

y al despertar, olvidada

ve la mitad de su lecho!

Libre ella, y él en su afán,

vivían hoy y mañana,

así rendido el sultán,
75

y exenta así la sultana.»-

Mas, vive Dios, que en mi gloria

loco de amores creía

que oyendo estaba la historia,

ebria de gozo la mía.
80

Creyendo verla soñando,

mis cuitas de amor la cuento,

y por Alá que estoy dando

satisfacciones al viento.

Que llamen a mi sultana,
85

si acaso está en los jardines,

pues ya escucho a su ventana

trinando los colorines.

Decidla que de pasada

van, en conciertos süaves,
90

echándola la alborada

hacia las selvas, las aves.

Ven a quien triste delira,

sultana, y verte desea;

que aquí mi pecho suspira,
95

si allá el ruiseñor gorjea.

Ven, que ya sueltan rumores,

formando en tu ausencia quejas,

los ramilletes de flores

que anoche colgué en tus rejas.
100

Y si te place estar viendo

los rayos matutinales,

¿a qué te alejas, teniendo

tus miradores cristales?

Mira desde ellos, si tienen
105

cosa que alegre tu afán,

como las luces se vienen,

como las sombras se van.

Las plácidas flores mira

cual mueve el aura insegura
110

que entre las peñas suspira,

y entre las ramas murmura.

Y en su correr transparentes,

y en su revolar süaves,

cantando al son de las fuentes,
115

poblar los sotos las aves.

Mira en hermoso atavío

rico de galas el suelo,

de algas y conchas el río,

luz y colores el cielo.
120

Y mira rindiendo amores

hoy a tus pies reverentes

cautivos, árboles, flores,

céfiro, aves y fuentes.

Y mira hamacas prendidas
125

de las palmas;

¡cuándo estarán así unidas

nuestras almas!

Y cómo alegres en ellas

las cautivas
130

se están meciendo, tan bellas

como esquivas.

Van del ambiente las alas

regalando,

de extremo a extremo sus galas
135

columpiando;

y aunque oyen de sus cadenas

el estruendo,

están al menos sus penas

adurmiendo.
140

Flotando en muelles arranques

van las plumas,

como en rizados estanques

las espumas.

Templa del aire el arrullo
145

sus congojas,

si las inquieta el murmullo

de las hojas.

Y van por las auras vagas

en su vuelo,
150

como pudieran las magas

por el cielo;

o como allá en alta noche

placentera

rueda la luna en su coche
155

por la esfera.

Sultana, ve a columpiarte

voluptuosa;

no haya moro que al mirarte

tan hermosa,
160

no trueque en grata blandura

su braveza,

y no incline con medida

la cabeza.

Y forma con las cautivas
165

tiernos lazos,

puesto que el columpio esquivas

de mis brazos;

tú que en pureza acrisolas

los azares,
170

serás el cisne en las olas

de los mares.

Y cual el pájaro amante

que su nido

sobre la rama ondulante
175

ve mecido, [62]

te miraré ya marchando,

ya viniendo,

ora si vas, sollozando;

ora si vuelves, gimiendo.
180

Mas deja el columpio erguido,

y ese brillante arrebol,

que ya en el cenit tendido

tus ojos ofende el sol.

Ven a mi harén apiadada,
185

donde te aguarda esplendente,

con profusión derramada,

toda la gala de Oriente.

Ya busca el agua saltando

del prado la verde alfombra,
190

y, el vulgo de aves sonando,

entre las palmas la sombra.

La mar apenas murmura,

y alzan muy débil acento

las aguas en la llanura
195

y en las montañas el viento.

En su lujoso atavío,

los cisnes, con pompa suma,

cruzan las aguas del río

durmiendo en lechos de espuma.
200

El ruiseñor en su nido

del sol esquivo las llamas,

y entre las hojas dormido

no agita el viento las ramas.

Ven adonde halles las flores
205

que cría el valle más puras,

y plumas de mil colores,

como tu fe mal seguras.

Y espejos que serán parte

para temprar tus enojos,
210

pues que rehúsas mirarte

en el cristal de mis ojos.

También historias galanas

te contaré en mis afanes,

donde hay ingratas sultanas
215

y enamorados sultanes.

Verás en ornato bello,

si a tal primor no te asombras,

corales sobre tu cuello,

bajo tus plantas alfombras.
220

En mis brazos regalados

habrán de adormir tus penas,

las aves desde los prados,

desde la mar las sirenas.

Y con canciones livianas
225

mitigarán tus dolores,

las auras en las ventanas,

en los jardines las flores.

Entre tan tiernas canciones

te ofrecerán con anhelo,
230

los aires plumas y sonos,

galas y alfombras el suelo.

Y cuando en volubles giros

dándote estén lisonjeros,

perfumes los pebeteros,
235

y música mis suspiros.

Agitarán con sus alas

en torno de ti los vientos

músicas, plumas y cuentos,

flores, perfumes y galas.

240

[63]

Un no sé qué

Tu dulce rostro, mi bien,

fuera mi dulce consuelo

si algunas veces también

no lo empañara el desdén,

como las nubes el cielo.

5

Depón tu ceño piadosa,

y el puerto consolador

sé de mi esperanza, hermosa;

que el aura es poco amorosa

cuando aja un almendro en flor.
10

Al ver tu frente galana,

dudo si mi pecho adora

la blanca tez soberana,

o dudo si me enamora

de tus mejillas la grana.
15

Tus cabellos me encadenan;

lumbre tus ojos fulguran;

tus acentos me enajenan,

que como el aura murmuran,

y como el céfiro suenan.
20

Bien sé que en ornato bello

(¡pese a mi esperanza loca!)

muestra diamantes tu cuello,

flores y aroma el cabello,

perlas y néctar tu boca.

25

Y de la frente a la planta

sé que encantas, pero a fe

que al mirar delicia tanta,

cuando todo en ti me encanta,

lo que me encanta NO SÉ.
30

Porque aunque hay ojos lumbrosos,

cual los tuyos halagüeños,

dulces, lánguidos, hermosos,

como la luz amorosos,

y como el alba risueños.
35

Jamás al verlos deliro,

por más que plácidos giran;

y cuando los tuyos miro,

más tiernamente suspiro,

cuanto más tiernos me miran.
40

Ese rostro sin igual

tiene para mi tormento

UN NO SÉ QUÉ celestial,

tan extraño como el mal

que al verlo en mi pecho siento.
45

Es manantial de alegría

con que en vaga incertidumbre

sueña el alma noche y día;

es para el labio ambrosía,

y para los ojos lumbre.
50

Centro de mis esperanzas,

que al mirarlo, a su despecho,

entre amorosas holganzas,

el labio suelta alabanzas,

y tiernos ayes el pecho.

55

Es risa que se dilata

por tu faz encantadora

¡tan sutilísima y grata!...

que todas las risas mata,

como a los astros la aurora.

60

Gira, pasa, vuelve, y leve

tus labios apenas toca:

y en vuelo rápido mueve

ya de tu frente la nieve

ya el rosicler de tu boca.
65

Y cual el aura bullente

mueve las flores sencillas,

ella así rápidamente

los labios mueve y la frente,

párpados, tez y mejillas.

70

[64]

La rueda del amor
Recuerdos de un día de campo

Aquellas niñas hermosas

que en suma beldad conformes,

teniendo la tez cual nieve,

tengan los ojos cual soles,

y el alma sintiendo, tiernas,

5

herida de mal de amores,

tanto les falte de esquivas,

cuanto de bellas les sobre,

salgan al campo conmigo

ricas de gracias, adonde
10

favor al Mayo risueño

las brinden, con gracias dobles,

corrientes aguas los valles,

frescos doseles los bosques,

con su verdura los campos
15

y con su esencia las flores.

Oiréis sonar encontrados,

y aunque encontrados, acordes,

los enamorados trinos

de músicos ruseñores,
20

cuando en sentidos acentos

mustias las tórtolas lloren,

dando en su vuelo a los aires

matices, plumas y sonos.

Venid, y hagamos la rueda
25

llamada de los amores

(que al aprenderla de niño,

no la olvide desde entonces),

las ricas flores hollando,

y el aire hendiendo veloces,
30

el aire con los cabellos,

y con las plantas las flores.

Las blancas manos asiendo,

y tan blancas, que las cortes

nunca tan nítidas manos

35

[65]

dan a sus reyes en dote,

en torno agitada festiva

los aires murmuradores;

que yo vendaré mis ojos,

haciendo del día noche.

40

Volad, palomas; que osado

yo espantaré los halcones,

si alguna vez para heriros

muestran sus garras feroces.

Volad, que a la que esta rama,
45

pasando furtiva, toque,

con la venda de mis ojos

habrá de nublar sus soles.

-¡Oh, qué triste es nuestros ojos

cubrir de sombras informes,
50

y no sentir de los vuestros

los penetrantes arpones,

ni ver con ansias mortales

de vuestra faz los colores,

ni sobre el aura, al tenderlos,
55

de vuestros talles los cortes!

Niñas, corred; que aun no escucho

con plácidas emociones

de vuestras ropas flotantes

los sutilísimos roces;
60

y aunque me pesa en el alma,

no siento los corazones

que muellemente se agitan

bajo esos pechos de bronce.

Volad, palomas; que osado
65

yo espantaré los halcones,

si alguna vez para heriros

muestran sus garras feroces.

Volad, que a la que esta rama

pasando furtiva, toque,
70

con la venda de mis ojos

tendrá que nublar sus soles.

Mas ¿cómo sin dar amante,

a vuestro enojo ocasiones,

huís, dejándome solo,
75

sin advertirme por dónde,

tal que siquiera dejasteis,

pasando como ilusiones,

ni removida la arena,

ni destroncadas las flores?
80

Sin duda en mágico vuelo,

como celestes visiones,

entre la grama y los aires

os deslizasteis veloces,

huyendo mi fe constante,
85

pues vuestros pechos traidores

tienen el aire por guía,

y la inconstancia por norte.

¡Una y mil veces mal haya

quien de vuestras invenciones
90

amante se fía, y de ellas

la falsedad no conoce!

Y más que en tanto a la sombra

de esos altísimos robles

maldiga yo vuestro agrado,
95

y mis desagradados llore;

vosotras entretenidas

mirad las aguas que corren;

que bien esta vuestra fe

con su inconstancia conforme,
100

pues no hay onda que no agiten

a cualquier viento que sople,

ni conchas que no remuevan,

ni árbol ni flor que no mojen,

ni campos que no dibujen,
105

ni imágenes que no borren,

ni risas que no deshagan,

ni círculos que no formen.

Mas luego que el sol sus rayos

extienda en el horizonte,
110

haciendo en las nubes iris

tocando el mar de colores;

y luego que en regia pompa

parezcan a sus fulgores

mares de sombra los valles,
115

y mares de luz los montes,

vendréis a buscar frescura

cuando el calor os agobie,

y me tendréis que encontrar,

aunque no queráis entonces;
120

y yo a la sombra tendido

de estos altísimos robles,

no os he de dejar el puesto,

por más que tierno os adore,

ni miraré enamorado
125

de vuestra faz los colores,

ni sobre el aura, al tenderlos,

de vuestros talles los cortes;

y no vendaré mis ojos,

mas que en no hacerlo os enoje,
130

y hasta ahogaré mis suspiros,

aunque con ellos me ahogue.

Haré todo esto que digo,

y mas que veréis entonces,

y a fe de amante lo juro
135

por esas aguas que corren. [66]

La acción de Belascoáin
Canción dedicada al bizarro General

Don Diego León, conde de Belascoáin

Helos allí ganando

la alta cerviz de la empinada sierra,

en pos del fiero bando

que de ella huyendo, y proclamando guerra,

va en las nubes buscando

5

una segura vía,

pues ya su cobardía

no encuentra asilo en la espaciosa tierra.

Ved a León, en su furor tremendo,

gritar desde la altura:
10

«¡Guerra, soldados! del cañón horrendo

al fúnebre tronar, la lumbre pura

del sol mil nubes condensadas cieguen;

de púrpura humeante

montes y valles sin piedad se aneguen;
15

el Arga murmurante

restos humanos cuajen;

de sangre palpitante

tantos arroyos de las cumbres bajen,

cuantos soldados a las cumbres lleguen.»

20

A su voz respondiendo

bronco el cañón, majestuoso suena,

que de un disorde estruendo

hincha los valles y los campos llena;

y fugaz discurriendo

25

ya en el vago horizonte,

ya desde el prado al monte,

todo el contorno en derredor atruena. [67]

Del ronco son, que libertad pregona,

la alta montaña herida,
30

estremece su rústica corona,

de pinos, hayas y laurel tejida.

Huye el rebelde, y entre riscos quiere

guardar la vida odiosa;

que la vida al honor el vil prefiere.
35

Mas en su cueva umbrosa

le sorprende espantado

una muerte afrentosa;

y el último ¡ay! del huracán llevado,

como su orgullo, en el espacio muere.
40

¿Tan vilmente se humilla,

y osa a los libres imponer sus leyes

esa infernal cuadrilla?

¡Dignos vasallos de tan dignos reyes!

¿A la alzada cuchilla
45

se rinden del verdugo?

¡No será leve el yugo

que agobie el cuello de tan mansas greyes!

Levantad la cerviz que de un tirano

huella la inmunda planta,
50

y torpes no llenéis el nombre hispano

de tanto oprobio, de ignominia tanta.

De esos ilusos desechad el ruego;

que el premio de afán tanto,

entre cadenas os lo guardan luego.
55

Mas huid con espanto,

huid, turba obcecada;

yo os execro en mi canto;

la luz de la razón os es privada;

que torpes sois, y el fanatismo es ciego.
60

Seguid hasta la cumbre,

libres soldados, la canalla impía,

y en fiera muchedumbre

baje rodando de la selva umbría.

La negra servidumbre
65

purgad del patrio suelo;

que no suban al cielo

votos que afrentan a la patria mía.

Derrocad ese trono que sustenta

tantos ídolos falsos,
70

en derredor del cual, por más afrenta,

la baja adulación sembró cadalsos.

¡Guerra, soldados! su ominosa vida

rinda el vil en ofrenda.

¡Guerra! y no el alma a compasión movida
75

vuestra espada suspenda.

De esa cobarde gente

no os prometáis la enmienda:

quien servil una vez doblo la frente,

nunca el camino del oprobio olvida.
80

Ya el doblar aguerrido

del trémulo atambor se va atenuando,

y el hórrido estampido

se trueca del cañón en eco blando.

El humo ennegrecido,
85

que, como denso velo,

roba la luz del cielo,

raudo disipa el aquilón soplando.

El Arga turbio en campos de esmeralda

se arrastra ensangrentado,
90

y afean charcos de carmín y gualda

el verde esmalte del florido prado.

Cadáveres sin fin del monte frío

coronan el altura;

cadáveres sin fin del soto umbrío
95

ocupan la llanura.

Ya el estruendo se aleja;

cesó la guerra dura;

sólo en el valle, como en son de queja,

callan los ecos y murmura el río.
100

[68]

Tu boca

Para formar tan hermosa

esa boca angelical,

hubo competencia igual

entre el clavel y la rosa,

la púrpura y el coral.
5

Mintiendo sombras de bien,

en ella el mal se divisa,

por lo que juntos se ven

ya la apacible sonrisa,

ya el enojoso desdén.
10

Y en los senos abrasados

engendra con doble holganza,

o con tormentos doblados,

cada risa una esperanza,

cada desdén mil cuidados.

15

Cual las conchas orientales

es tu boca, y por vencerlas

muestra en riquezas iguales,

cuando desdeña, corales,

y cuando sonrío, perlas.

20

Y si con sombras de bien

tal vez el mal se divisa,

es porque en ella se ven

guardar la miel de su risa

las flechas de su desdén.

25

Si a mí su rigor alcanza,

al ver su hermosura, siente

el corazón doble holganza;

y aunque un desdén me atormente,

déme una risa esperanza.

30

¡Bien haya la dulce boca,

que sólo sus frescos labios

el aura pasando toca;

que haciendo al ámbar agravios,

su miel a gustar provoca!

35

¡Oh, bien haya cuando ufana

dando enojos a la rosa,

muestra su cerco de grana,

fresca como la mañana,

como el azahar olorosa!
40

Y si acaso dulcemente

suelta plácidas congojas,

ya es el rumor del ambiente,

ya el susurro de las hojas,

ya el murmurar de la fuente.
45

Si alegres sonos respira,

las aves del prado encanta;

y si a vencerlas aspira,

con las que gimen, suspira;

con las que gorjean, canta.
50

Tu miel, aroma y colores,

rinde en amante oblación,

flor, ante cuyos primores,

mustias e inútiles flores

las flores del valle son.
55

El néctar más regalado

deja que de amores loco

beba en tu labio abrasado;

para una abeja es sobrado

lo que para muchas poco.
60

Mas ¡ay! que vertiendo quejas,

me esquivas tu dulce miel;

en vano de una te alejas

si ves que miles de abejas

poblando van el vergel.

65

¡Ay de la rosa encarnada,

que en su seno de carmín

niega a una abeja la entrada!

Tantas la acosan al fin,

que queda sin miel, y ajada.
70

¡Ay de las cándidas flores,

si alzan su capullo tierno

del estío a los ardores!

¡Ay del panal, si el invierno

lo hiela con sus rigores!
75

Dame los gustos sin tasa,

pues ves que el sol estival

las tiernas flores abrasa:

mira que amarga el panal

cuando de sazón se pasa.
80

Ríndete a mí placentera:

no te rinda con agravios

de abejas la turba fiera:

que herir esos dulces labios

herirme en el alma fuera.
85

De ese tesoro las llaves

dame, y sus dones ardientes

libaré en besos süaves,

sin que lo canten las aves,

ni lo murmuren las fuentes.
90
[69]

Las sirenas

Oyendo un dulce cantar

que el corazón me cautiva,

alegre, abajo y arriba

cruzo las playas del mar.

Pues no hay recuerdos ni penas
5

que no revista de encanto

ese dulcísimo canto

de esas que llaman sirenas,

Aunque a sus tiernos cantares

ensayen rudos concertos,
10

bramando rancos los vientos,

sordos mugiendo los mares.

Mirando al agua, las horas

paso en la fresca ribera,

por ver las sombras siquiera
15

de tan divinas cantoras.

Más aun no sé cuándo bellas

hienden las ondas esquivas,

ni si deslizan furtivas

sobre las aguas sus huellas.
20

Jamás las vi entre la bruma

cruzar los aires sutiles,

ni adormecerse gentiles,

meciendo esquifes de espuma.

Ignoro si divertidas,
25

cuando las ondas se amansan,

tal vez alegres descansan

sobre las rocas tendidas;

Y cuando horrísono ensaya

hondas tormentas el mar,
30

tampoco sé si a buscar

vienen asilo a la playa.

Voy, por mirarlas a solas,

de roca en roca saltando,

y al desbravarse, mirando
35

una por una las olas.

Mas nunca en la densa bruma

llego a mirar las sirenas,

ni en las revueltas arenas,

ni en rocas, aguas ni espuma.

40

Y sólo llego a escuchar

cómo responde entretanto

al dulce son de su canto

con broncos tumbos el mar. [70]

Mas ¿quién sabe si en rocas ni en arenas,

45

será el buscarlas importuno intento,

por ser esas dulcísimas sirenas

los quiméricos seres de algún cuento?

Y si quimeras son, ¿cómo o de donde

se elevan esos plácidos cantares,
50

a cuyo ruido celestial responde

el bronco son de los revueltos mares?

¿Y por qué entonces incesante giro

de playa en playa, delirando a solas,

y una por una embelesado miro,
55

al desbravarse con furor, las olas?

¿Por qué prendado de la mar sonora,

al fresco borde de su margen fría,

las sombras al bajar, me halla la aurora,

y la noche al subir, me deja el día?
60

Sin duda que en sus huecos inmortales,

en aposentos de esmeraldas finas,

otra raza de seres celestiales

ilustra sus moradas cristalinas.

Porque un recuerdo, en mi ilusión de gloria,
65

me despierta, bramando, el mar profundo,

y un niño solo tiene en su memoria

angélicos recuerdos de otro mundo.

-Cantad y refrenad, hondas sirenas,

el furor de los bravos aquilones,
70

aunque no os vea en rocas ni en arenas,

seáis sombras, recuerdos o visiones.

Cantad y refrenad los vendavales

que el manto arrugan de la mar tendida,

y en alas de esos cantos celestiales
75

llevad hasta su término mi vida.

De la existencia por el mar horrendo

mi nave conducid a toda vela,

no cual tardo reptil que va gimiendo,

como el ave que canta cuando vuela.
80

En palmas me llevad, cual los bajeles

que guiáis a las playas mas remotas;

así os formen bellísimos doseles

con sus alas las blancas gaviotas.

-Cantad, sirenas; de la mar sonora
85

al ronco son alzáis vuestra armonía,

como al fulgor de la naciente aurora

murmullas alza la floresta umbría.

Muévaos el ver como incesante giro

por veros en las vastas soledades;
90

y aunque fantasmas sois con quien deliro,

son los sueños mis dulces realidades.

Hay almas como la mía,

que no aquejan pesadumbres,

y pronto, si las aquejan,
95

su grave peso sacuden.

Almas felices en todo,

que sólo sus gustos cumplen

siguiendo tantos placeres

cuantos pesares rehuyen.
100

Almas, en fin, que no hay pena

que felizmente no endulcen,

próximo mal que no espanten,

lejano bien que no busquen;

que siempre los serafines
105

ven en los aires azules;

junto a las verdades, sueños;

entre las tinieblas, luces;

flores sin fin en los llanos,

fuentes y luz en las cumbres,

110

en los estanques sirenas,

y sílfides en las nubes.

Dichosas almas que tienen

el delirar por costumbre,

y siempre hermosas visiones
115

con tierno afán las circuyen;

que penetrando en el cielo,

roban osadas su lumbre,

y luego pintan el mundo

con un color que seduce.

120

-¡Y a la verdad, es muy triste

mirar con ojos comunes

las ásperas realidades,

sin los mágicos vislumbres

con que las visten las almas,

125

del cielo robando el lustre,

porque esmaltadas, los rayos

de nuestros ojos no ofusquen!

¡Es triste dejar la senda

que césped y flores cubren,
130

para seguir un camino

que abrojos su paso obstruyen;

y no que aunque al fin se acerquen,

y la existencia aventuren,

las almas como la mía
135

en alas de los querubes

caminan al ¡ay! postrero

por esas sendas ilustres

que noblemente trazaron

entre la tierra y las nubes!
140

Por eso junto a los mares,

aunque fatídicos mugen,

oigo un son como el del aire

que entre los árboles fluye,

y miro chocar las ondas
145

que en su furor se destruyen, [71]

y las espumas que cuajan,

y las riberas que cubren,

todo por ver las sirenas;

y ni en las aguas volubles,
150

ni en los diamantes que arrojan,

ni en la arena que sacuden,

ni en las altísimas rocas

donde su rabia destruyen,

las llevo a ver en mi anhelo,
155

cantando con sus laúdes;

pero las creo, aunque acaso

de su existencia se dude,

porque en creerlas el alma

con todos sus gustos cumple,
160

y porque también he visto

que las verdades sucumben

ante el aspecto risueño

de unas mentiras tan dulces.

Por eso en los hondos valles
165

no hay muelle son que no escuche,

delirio que no me halague,

verdad que no me repugne;

ni oigo un ave que pintada
170

quejas de amor no divulgue,

cuando dulcísimas pueblan,

cantando, los abedules.

Alegres nuevas me traen

los pájaros transeúntes;
175

me es plácida cualquier brisa,

y cualquier aire perfume.

Y aunque estos y otros placeres

loco tal vez me figure,

las almas como la mía
180

con sólo soñarlos cumplen.

La beata de máscara

La del enlutado manto,

la de la toca de encaje,

la de mil hombres encanto,

¿cuánto va a que no es tan santo

tu pecho como el ropaje?

5

En vano ocultarnos trata

de tus ojos los destellos

el lienzo que te recata;

y por Dios que son, beata,

para ser santos, muy bellos.

10

Sobre tu nevado seno

pesa la cruz de un rosario,

y aunque humilde nazareno,

muriera de gozo lleno

en tan hermoso calvario.

15

Y, pese a tu religión,

en vano ¡ay triste! sofoca

deseos mi corazón;

que oculta una tentación

cada pliegue de tu toca.
20

Eres bella cual ninguna,

y juro, aunque temerario,

no creo en ti fe alguna,

si pasas una por una

las cuentas de tu rosario.
25
[72]

Al río Navia

Déjame ver ¡oh fugitivo espejo!

pintada en tu cristal la patria mía;

déjame ver a tu falaz reflejo

el sitio de mi cuna se mecía.

Tú el primer canto de mi amor oíste;
5

al nacer, tu saludo fue el primero;

tu mi primer vagido recogiste;

recogerás también el ¡ay! postrero.

Tu margen florida

10 pisé siendo niño,

y al ver tanto aliño

en torno de ti,

ensueños hermosos

forjaba la mente,

15 creyendo inocente

que el mundo era así.

Vi alegre en tus aguas

la vega pintada;

de flores cercada

20 la vida soñé;

mas eran ilusos

tus varios colores,

y abrojos sin flores

tan sólo encontré.

25

Bullendo sonoro

meció tu murmullo

con plácido arrullo

mi edad infantil,

y yo, pobre niño,

30 pensé, Navia, que era

pensil tu ribera,

tus aguas pensil.

Mas ¡ay! que las flores

que tú retratabas,

35 y al prado encelabas,

florido rival,

ansioso mi anhelo

quería gozarlas;

pero iba a tocarlas,

40 y hallaba cristal.

Si fueron tus flores

mentidas visiones,

y mis ilusiones [73]

se fueron en pos,

¡ay Navia! lloremos

engaños que vimos,

pues locos mentimos,

mentimos los dos.

Inquieto en tus aguas

50 el viento remueve

montañas de nieve

en playas de azul,

brillando en sus cumbres

zafir y esmeralda,

su líquida falda

55

bordada de tul.

Entre algas y arenas

serpeas errante,

cual mole ondeante

60 de inmenso reptil,

sirviéndote fácil

de aliento la bruma,

de escamas la espuma

que flota gentil.

65

Cien veces mi patria

miré a tu reflejo,

magnífico espejo

de limpio cristal;

y al verla en tus aguas

70

mecerse bullente,

ilusa la mente

juzgábala igual.

Robusto en el valle

tendiéndote manso,

75

con blando descanso

te huelgas en él;

trocando tus perlas

por sus esmeraldas,

ciñendo guirnaldas

de rosa y clavel.

80

Si ansiosa mi vista

de sombras y tules,

tus ondas azules

tal vez consultó,

bullir en el fondo
85

veía tu hielo,

la vega y el cielo,

las flores y yo.

Si fueron mentidas

90 tan bellas visiones,

y mis ilusiones

se fueron en pos:

¡ay Navia! lloremos

engaños que vimos,

95 pues locos mentimos,

 mentimos los dos.

Río, que invades copioso

del hondo valle la anchura,

refrena e curso abundoso;

que tras de este valle umbroso,
100

te aguarda la sepultura.

Cese tu vana jactancia,

cesa de ir tan vano, cesa;

porque en tu loca arrogancia

vas midiendo la distancia
105

que hay de la cuna a la huesa. [74]

En esa orilla inmediata,

ante ese mar inmortal,

tu mole allí se desata,

y hundes la frente de plata
110

en su seno de cristal.

Y entonces, adiós mis sueños,

adiós tus flores mentidas;

pues tú entre giros risueños,

y yo entre gratos ensueños
115

acabamos nuestras vidas.

Y si ambos fuimos en pos

de sueños, teniendo en poco

el mundo real, vive Dios,

que ignoro cuál de los dos
120

ha sido, Navia, más loco.

Que a la luz de la pasión

los sentidos se embelesan;

pero al llegar la razón,

plomo los párpados son,
125

que sobre los ojos pesan.

Adiós, Navia; en tu jactancia

cesa de ir tan vano, cesa;

no olvides que en tu arrogancia

vas midiendo la distancia
130

que hay de la cuna a la huesa.

El amor de la sierra

A tiempo que sube ufana,

matizando el horizonte,

de púrpura la mañana,

cantando, de un fresco monte

baja una linda serrana.

5

Con voz que a la alondra afrenta,

el campo alegrando viene,

y aunque triste se lamenta,

mucho el oírla contenta

por lo que de dulce tiene.

10

No hay céfiro, ave ni fuente,

que con su voz no avasalle;

por eso a su son doliente

responden tan dulcemente

los ruiseñores del valle.

15

En su purísimo acento

hallan los tristes dulzura,

los tibios grato ardimiento,

los afligidos contento,

y los amantes ternura.
20

Baja el rebaño olvidado,

y es, a mi entender, locura

pensar que cuide el ganado

la que tan sólo se cura

de un amoroso cuidado.

25

No halaga ya cual solía

a la cordera leal,

que cuando sal la ofrecía,

antes de comer la sal,

su blanca mano lamía.

30

Y si de la sierra al prado

baja, al nacer la alba hermosa,

no es por mirar si templado

se eleva el sol coronado

de grana, jazmín y rosa:
35

Es por oír un pastor

que acaso a sus resplandores

cántigas alza de amor;

y ella se muere de amores,

oyendo al dulce cantor.

40

Mirando va con presteza

los fresnos uno por uno,

y es por ver si en su corteza

al nombre de su belleza

añadió su nombre alguno.

45

En vano a la fuente, ansiosa,

su sed va a apagar cruel,

porque a aquel labio de rosa

el agua le es enojosa,

y desabrida la miel.

50

En vano con dulce riego

su sed un momento halaga,

pues ignora en su error ciego

que sólo el amante fuego

con llama de amor se apaga.

55

Y mira tan envidiosa

al olmo la vid amena

entrelazarse frondosa,

como su tez la azucena,

como sus labios la rosa.

60

Y vagando con la mente

embebida en sus amores,

tal vez se lava en la fuente,

o tal vez indiferente

coge, sin notarlo, flores.

65

[75]

Ya con ansias más süaves,

sobre la florida alfombra,

templa fatigas más graves,

y acaso a la fresca sombra

duerme al rumor de las aves.

70

-¡Qué hermosa está entre claveles

cuando gentil se recuesta,

templando penas crüeles,

bajo los verdes doseles

de la encantada floresta!

75

¡Qué bello entre esencia pura

adormecer los sentidos,

ver el agua que murmura,

y respirar la frescura

de pabellones floridos!
80

¡Cómo el pecho se serena

entre ilusiones sin fin,

adonde el alma enajena

ya el color de la azucena,

ya la esencia del jazmín!
85

¡Qué vista tan placentera

nos forman cruzando a veces

en perspectiva hechicera,

los ríos por la pradera,

y por los ríos los peces!
90

Son las delicias mayores

ver poblado el firmamento

de fúlgidos resplandores,

de gratos sonos el viento,

y el campo de ricas flores.
95

Entonces es cuando mansa

quejas el aura suspira,

su furia el torrente amansa,

y sobre el prado que gira

bañando rosas, descansa.
100

Entonces van transparentes

los aires meciendo olores;

forman ruido las corrientes,

los prados alzan colores,

despiden brillos las fuentes.

105

Los frescos vientos olean,

la flor su bálsamo exprime,

los verdes sauces ondean,

y si una tórtola gime,

mil ruiseñores gorjean.

Tendida en la verde alfombra

la serrana, ni galán

templa el céfiro su afán,

ni la humedad de la sombra,

ni el fresco del arrayán.

115

-En vano con loco intento

buscas, serrana, la calma,

pues llevas de tu tormento

la causa en el pensamiento,

y la inquietud en el alma.
120

¿Con qué nombre te embelesas,

que en la arena lo describes,

y de copiarlo no cesas,

que tantas veces lo besas

por cada vez que lo escribes?
125

¿Por qué a escuchar los pastores

vas, cuando a la aurora cantan,

si ves que brotan amores

los delicados vapores

que las praderas levantan?

130

Escucha el murmullo blando

de aquella fuente serena

que cerca va murmurando,

el bello tren arrastrando

de algas, espumas y arena.
135

Y en ella ve tus perfiles,

si es que acaso los divisas,

sin que sus ondas sutiles

aquezas formas gentiles

desvanezcan con sus risas.
140

Y tu mejilla rosada

mírala ya sin color;

advíerte, en hora menguada,

la boca más colorada

descolorida de amor.

145

No escuches ¡ay! los pastores,

si quieres cobrar la calma,

pues del alba a los fulgores

abre su sagrario el alma,

como su cáliz las flores.
150

Mírate en la fuente igual;

y mira que solicitas,

serrana hermosa, tu mal,

si en la inconstancia no imitas

su trasparente cristal.
155
[76]

El baile
A Clementina

Bailan, ardiendo en amorosas llamas,

confundidos galanes y hermosuras,

y cual suelen las vides en las ramas,

se apoyan en los brazos las cinturas.

Suben y bajan, en revueltos giros
5

los pies cruzando con lascivo juego,

y brotan en miradas y en suspiros

lumbre los ojos, y los labios fuego.

Con blando impulso y arrobado intento

se sacuden, columpian y suspenden,
10

y revolando a la merced del viento

leves las gasas, lo que encubren, venden.

Torpes brazos las formas peregrinas

profanan de las púdicas doncellas,

que al mecerse las rosas entre espinas,
15

rasgan su manto de color en ellas.

«¿Mas adónde está el alma que no enferma

de impuras fiestas el vapor liviano?

No hay castos pensamientos que no aduerma

dulce vaivén de cariñosa mano.

20

De riquísimas hebras los cabellos

vierten copia gentil por las espaldas,

y ondean con primor, asidas de ellos,

fragantes y hermosísimas guirnaldas.

Nieve las frentes, las mejillas rosa,
25

doquier ostentan con falaz decoro;

y en rica pompa y apariencia hermosa,

néctar los labios, y las sienes oro.

Muestran perlas las nítidas gargantas,

y los ojos suavísimos destellos;
30

leves contornos las ligeras plantas,

donaire y gracia los torneados cuellos.

Turba los ojos y la mente inquieta,

ya la alba tez de una amorosa espalda,

ya el vuelo de una gasa mal sujeta,
35

ya el roce voluptuoso de una falda.

En los brazos, los talles más gentiles

sosegados se aduermen, y las sombras

van en revuelta confusión sutiles

cruzando sobrepuestas las alfombras.
40

Al pasar por los límpidos espejos,

como los sueños en tropel vistoso, [77]

las imágenes doblan los reflejos,

arrebolando el aire vigoroso.

Y delirando amores, y dementes,
45

entre gasas, y músicas y aromas,

se rozan, con pensados accidentes,

confundidos halcones y palomas.

¿Cómo al ver de tantas bellas

el lindo y airoso talle,
50

no hay uno entre todas ellas

que como el tuyo avasalle?

Porque ondea con pausado

movimiento

como el lirio columpiado
55

por el viento.

No hay una vez que se mueva,

que no afrente

a ese vapor que se eleva

de la fuente.
60

Mas no abandonarás tanto

tu cuerpo en grata delicia,

si nos descubriera el manto

la mano que con encanto

tu ceñidor acaricia.
65

No hay pecho que no lastimes,

y pierda, al verte, la calma;

que donde la huella imprimes,

todos rendimos el alma.

Tienen tus plantas divinas
70

tal presteza,

y tan dulcemente inclinas

la cabeza,

que parece que besando

vas la sombra
75

que leve estás proyectando

por la alfombra.

Con ojos y pies encantas,

y causa, por Dios, enojos,

el que entre delicias tantas,
80

tormento nos den tus plantas,

cuanto nos matan tus ojos.

¿Por qué derribas el manto,

haciendo de él rica falda,

si ves que el calor no es tanto
85

que pueda ofender tu espalda?

Porque viendo los extremos

que descubres,

las gracias adivinemos

que aun encubres.

¡Ay! ¿por qué el manto derramas,

si tu nieve,

mucho más que hielos, llamas

vibra aleve?

Coge el manto descuidado,
95

cubriendo el rico tesoro;

que más que placer da enfado

mirar, Clementina, el oro

para otro dueño guardado.

¡Oh, con qué aire tan gentil
100

vienen y van las hermosas!

Tal se mira en el pensil,

cuando se mecen las rosas.

¡Oh, que sones tan süaves

se levantan!
105

No son más dulces las aves

cuando cantan.

¡Cual flota el leve atavío

de las plumas!

Perdonen del claro río
110

las espumas.

Y si los ojos se tienden,

ven por doquiera que pasan,

cabellos que el alma prenden,

serenos ojos que encienden,
115

húmedos labios que abrazan.

Las mal, prendidas melenas

cubren las blancas espaldas,

éstas mostrando azucenas,

cuando las otras guirnaldas.

120

Mil confundidos acentos

amorosos

llevan y traen los vientos

sonoros.

Lucen las mejillas puras
125

sin afeite,

y brota de las cinturas

¡tal deleite!

que entre aromados vapores

se confunden ellas y ellos,
130

y todo respira amores,

ojos, espaldas, cabellos,

cinturas, labios y flores.

En torno a tu talle erguido

se agitan mil amadores;

135

siempre al árbol más florido

acuden los ruiseñores.

Y sin duda que adivinas

tu belleza,

pues tan dulcemente inclinas

140

la cabeza,

que parece que besando

vas la sombra,

que leve estás proyectando

por la alfombra.

145

[78]

Y entre tan rica labor,

tu planta ligera avanza,

dando a su esmalte esplendor;

por eso muere la flor,

cuando a besarla no alcanza,
150

Deja que toque suave

aquesea cintura leve,

como, cuando vuela, el ave

los blandos copos de nieve.

Y agítate con pausado
155

movimiento,

como el lirio columpiado

por el viento.

Que tus cabellos en calma

me coronen,
160

y que el cuello como el alma

me aprisionen.

Y deja que los fulgores

beba de tus ojos bellos,

pues todo respira amores,
165

ojos, espalda, cabellos,

cinturas, labios y flores.

Su imagen

Errante sol de aromas circundado,

tu ardiente lumbre tenue debilita;

que ya mi corazón, de arder cansado,

negro sus alas moribundo agita.

Grupo de luz que extravió la luna,
5

ángel perdido que bajó del cielo,

visión deslumbradora, que importuna

mi sien circunda en caprichoso vuelo.

¡Girar y más girar!... Lentas sus alas

lumbrosa tiende en blando movimiento.
10

¿Eres el alma que de mí te exhalas?

¿O eres tal vez mi mismo pensamiento?

Fantasma de la mente, llega, llega,

desprendida mitad del alma mía,

aunque tu imagen me deslumbra y ciega,
15

blanca de noche, y negra por el día,

Se mece ante mis ojos desplegada

como la espuma candida de un río,

tal vez por los suspiros agitada

que salen hondos ¡ay! del pecho mío.
20

Su virgen luz perdida, en el ambiente

reverbera purísima y serena,

y en las límpidas aguas del torrente,

cuando acarician la tostada arena.

Sobre mi frente gira luminosa,
25

luciente envidia de la nieve y grana,

copia feliz de la encendida rosa,

lisonja del albor de la mañana.

En dondequiera engendra el alma mía

su imagen pura, rutilante y bella,
30

ante el disco del sol al mediodía,

por la noche en la faz de cada estrella.

Y quisiera abarcar al ver su lumbre,

hidrónica mi vista, fascinada,

de los astros la inmensa muchedumbre,
35

para verla sin fin multiplicada.

Me revela fantástica su risa

oscilando el arroyo cristalino,

y su acento el murmullo de la brisa,

y también el zumbido del torbellino.
40

La veo en todas partes seductora,

llevada de mi ardiente fantasía,

en cada rayo al despuntar la aurora,

en cada sombra al caducar el día.

Y despierto la miro embebecido
45

animada ilusión de mi deseo;

y si cierro los ojos adormido...

yo no sé dónde está, pero la veo. [79]

La palma
Canción

Esa planta que en tu encanto,

hace sombra a tu ventana,

con las aguas de mi llanto

acreció su pompa vana.

Y por ella
5

fe y constancia me juraste,

niña bella;

pero cruda me engañaste.

Porque iluso en mis congojas,

cuando amante lo jurabas,
10

miré al tronco, y me enseñabas

la inconstancia de sus hojas.

Las tórtolas plañen

tu ausencia dolientes,

15 murmurar las fuentes

tu crudo rigor.

De amor gime ese árbol,

mis cantos de amores,

de amor esas flores,

20 y el viento de amor.

Cuando turban quejas graves

de la noche la honda calma,

¿piensas, di, que son las aves

que se anidan en la palma?

No, bien mío;
25

que es un triste ¡ay Dios! que llora

tu desvío

por la noche, hasta la aurora.

Y en su mal, por si importuna,

como oscura ve tu reja,
30

alza el triste, en son de queja,

sus plegarias a la luna.

Las tórtolas plañen

tu ausencia dolientes,

murmuran las fuentes
35

tu crudo rigor.

De amor gime ese árbol,

mis cantos de amores,

de amor esas flores,

y el viento de amor.

40

Mil instantes, tus secretos

espié por la mañana,

cobijado en los objetos

que hacen sombra a tu ventana.

Y hubo alguno
45

en que en sueños exclamaste:

«¡qué importuno!»

y a otro lado te tornaste.

Maldecíasme, y yo en tanto,

al susurro de tus quejas,
50

estrellaba ¡cielo santo!

mis suspiros en tus rejas.

Las tórtolas plañen

tu ausencia dolientes,

murmuran las fuentes
55

tu crudo rigor.

De amor gime ese árbol,

mis cantos de amores, [80]

de amor esas flores,

y el viento de amor.
60

A unos ojos

Mas dulces habéis de ser,

si me volvéis a mirar,

porque es malicia, a mi ver,

siendo fuente de placer,

causarme tanto pesar.
5

De seso me tiene ajeno

el que en suerte tan crüel

sea ese mirar sereno

sólo para mi veneno,

siendo para todos miel.
10

Si crüeles os mostráis,

porque no queréis que os quiera,

fieros por demás estáis,

pues si amándoos, me matáis,

si no os amara, muriera.

15

Si amando os puedo ofender,

venganza podéis tomar,

pues es fuerza os haga ver

que no os dejo de querer,

o me acabáis de matar.

20

Si es la venganza medida

por mi amor, a tal rigor

el alma siento rendida,

porque es muy poco una vida

para vengar tanto amor.
25

Porque con él igualdad

guardar ningún otro puede;

es tanta su intensidad,

que pienso ¡ay de mí! que excede

vuestra misma crueldad.

30

¡Son, por Dios, crudos azares

que me den vuestros desdenes

ciento a ciento los pesares,

pudiendo darme a millares,

sin los pesares, los bienes!

35

Y me es doblado tormento

y dolor más importuno,

el ver que mostráis contento

en ser crudos para uno,

siendo blandos para ciento.

40

Y es injusto por demás

que tengáis ojos serenos,

a los que, de amor ajenos,

os aman menos, en más,

y a mí que amo más, en menos.
45

Y es, a la par que mortal,

vuestro lánguido desdén

¡tan dulce... tan celestial!...

que siempre reviste el mal

con las lisonjas del bien.
50

¡Oh, si vuestra luz querida

para alivio de mi suerte

fuese mi bella homicida!

¡Quién no cambiara su vida

por tan dulcísima muerte!
55

Y sólo de angustias lleno,

me es más que todo crüel,

el que ese mirar sereno

sea para mi veneno,

siendo para todos miel.

60

[81]

La flor de la jardinera

Como la luz hechicera,

galana como el abril,

adoro a una jardinera

que, hermosa, en cuidar se esmera

el más hermoso pensil.

5

De su seno la blancura,

envidia de los amores,

con gasas velar no cura,

pues sólo cubre con flores

las flores de su hermosura.
10

De su cabello colgadas

ondean guirnaldas bellas,

blancas, verdes, coloradas,

más que porque van atadas,

porque lo pretenden ellas.
15

Es tal su planta al triscar,

que no consigue su brío

la verde grama inclinar,

pues sólo aspira a tocar

la plata de su rocío.

20

Si muestra su faz, encanta;

y cuando tierna suspira,

al aura de envidia espanta,

al claro sol cuando mira,

y al ruiseñor cuando canta.
25

Y si ensaya su sonrisa

en las bullidoras fuentes,

corren hasta el valle aprisa,

para que a ensayar su risa

vaya en pos de sus corrientes.
30

Y cuando en dulces querellas

el vario curso reparan

de sus cristalinas huellas,

más por mirarla se paran,

que porque se mire en ellas.
35

Y porque el lindo gracejo,

cuando se mueven, no ultrajen,

mira del sol al reflejo,

pues sólo de tal imagen

puede la luz ser espejo.
40

En el jardín que cultiva

hay rosa de tal afeite,

que el gusto más tibio aviva,

y tal su afición cautiva,

que es la flor de su deleite.
45

Flor, hermosa de manera,

que aunque vegeta entre mil,

casi a jurar me atreviera

que es la mejor del pensil

la flor de la Jardinera.

50

[82]

Es rosa tan deseada,

de tan bello rosicler,

tan en extremo agraciada,

que todos la sueñan ver,

siendo de todos velada.

55

Que es esta flor peregrina

de la belleza el crisol,

su esencia a pensarlo inclina,

pues por la luz se adivina

que es tan magnífico el sol.

60

Recatándose a los ojos,

da al alma tantos enojos

cuanta espina la rodea,

pues siempre nace entre abrojos

la flor que más se desea.
65

Ya hubiera la oculta flor

ella mil veces cogido,

si tan dulcísimo error

no lo nublara el dolor

después de haberla perdido.
70

Cogerla para recreo

fuera justo por demás,

y en su amante devaneo

se aviva más su deseo,

cuando la contempla más.
75

Tiene tan bellos colores,

que nadie habrá que se queje

si goza de sus primores...

¡Triste del dueño que deje

guardar a una niña flores!
80

Sueña a veces que amorosa

a alguno la rosa dio;

más soñando cariñosa,

tantas regaló la rosa,

cuantas veces se durmió.
85

Y sueña que a algún villano

la da cual prenda de amor,

por ser gentil hortelano,

y porque siendo verano,

puede agostarla el calor.
90

Y si con fatigas graves

pierde al dormir su delicia,

despierta, y con más süaves,

ve que el aura la acaricia,

y la enamoran las aves.
95

Y en confuso susurrar,

con ánimo más sereno,

ve las abejas volar,

que ansiosas quieren libar

la miel que abriga en su seno.
100

Y la cuida de manera,

y tal descuella entre mil,

que puede jurar cualquiera

que es la mejor del pensil

la flor de la Jardinera.
105

Mas ¡ay! que en su devaneo

aguija tanto su idea,

que es aquella flor preveo

según cortarla desea,

la espuela de su deseo.
110

Y tal vez a algún villano

la de cual prenda de amor,

por ser gentil hortelano,

y porque siendo verano,

puede agostarla el calor.
115

Ya que guardarla la altera,

la cortará; y es razón,

pues pasó la primavera,

no se pase de sazón

la flor de la Jardinera.
120

Y a fe que es muy justa cosa,

puesto que está sazónada,

que la Jardinera hermosa

coja el fruto de una rosa

con tanto afán cultivada.
125

Y que se trueque el rumor

de los céfiros süaves

en son más arrullador,

y los coros de las aves

en dulces himnos de amor.
130

¿Qué niña habrá que si fuera

de aquel ameno pensil,

como ella, la Jardinera,

del huerto una flor no diera,

teniendo en el huerto mil?
135

Gozará de sus primores;

si el dueño de ella se queja

vanos serán sus clamores,

porque es muy necio quien deja

guardar a las niñas flores.

140

[83]

A Blanca
Romance

En poco tienes mi dicha,

sabiendo que tu tardanza

llena mi pecho de angustias,

y de sospechas mi alma.

Bien se conoce que ignoras,
5

o al menos de hacerlo tratas,

que son los instantes siglos

para una amante que aguarda.

¿Qué leyes de amor ordenan

a tu voluntad ingrata
10

que des placer a tus gustos,

tal vez sirviendo a otra dama,

mientras te aguardo aterida,

junto a una reja sentada,

trocando el calor del lecho
15

por el rigor de la escarcha?

¡Ay! no era así cuando amante

en la alta noche cantabas,

con tierno afán ponderando

mi ingratitud y tus ansias.
20

¿Adonde está la firmeza

de aquellas dulces palabras,

para tu bien acogidas,

y para mí mal quebradas?

Sin duda por lo ligeras
25

se las llevaron las auras,

si no fue que en mis paredes

se quebrantaron por blandas.

Acuérdate de las veces

que me juraste con ansia,
30

mirando a la virgen luna,

tu fe, por su lumbre clara.

¡Jurábasme por la luna!

Por buen seguro jurabas,

porque es la fe de los hombres
35

como la luna, voltaría.»

Así se queja una niña

que con su amante soñaba,

quedando en brazos del sueño,

ya de esperarle cansada.
40

Las blancas sienes tenía

sobre la reja apoyadas,

con hondo afán espiando

cualquier susurro del aura;

y oyendo estaba envidiosa,
45

cuanto otro tiempo envidiada,

necios llorar los amantes

la ingratitude de las damas.

Veía sombras informes

que sin rumores se alzaban,
50

y aquellas nieblas confusas

que van mintiendo fantasmas;

y ya mostrándose esquiva,

ya figurándose blanda,

vertiendo ahora sonrisas,
55

después derramando lágrimas,

la fe maldiciendo siempre

de los amantes que tardan,

entre amorosos suspiros,

desdenes, lágrimas, ansias,
60

ruídos, canciones, delirios,

sombras, nieblas y fantasmas,

en brazos quedo del sueño

junto a la reja sentada. [84]

-Duerme, soñando placeres,
65

blanca paloma sin alas;

que son las dichas más puras

todas las dichas soñadas.

Duerme entre blando embeleso

de imaginaciones hartas;
70

que hartos será el desengaño

que te traerá la mañana. [85]

¡Pobre inocente! sin duda

de algún tesoro que guardas,

por más que lo niegues, niña,
75

la mejor prenda te falta.

Mal haya el halcón que abate

sobre una alondra sus garras,

y hace crüel de las suyas

pasto infeliz sus entrañas.
80

Mal haya, amén, el piloto

que el barco de la esperanza

bota en un mar de delicias,

sabiendo que en él naufraga,

Mal haya el pérfido amante
85

que astuto a una niña engaña,

ciego apurando hasta el fondo

de sus tesoros el arca.

Los que matando de amores,

de ser verdugos se alaban
90

por ser crüeles y falsos,

una y mil veces mal hayan.

De algunas noches me acuerdo

que requiriendo tus gracias,

con sus razones, mis sueños
95

tu falso amante inquietaba.

«Abre las puertas (decía),

y no, ya que tu desdén

tormentos da al alma mía,

quieras que helado también
100

encuentre mi cuerpo el día.

No añadas mi muerte, hermosa,

a tus amantes blasones;

baste que el aura amorosa

confunda en la noche umbrosa
105

con su rumor mis canciones.

Tal fuego en mi pecho inflama

el de tus ojos, bien mío,

que te amo tanto como ama

la mariposa a la llama,
110

y la pradera al rocío.»

Así tu pérfido amante

en la alta noche cantaba,

en fe de amigo asaltando

de tu pureza el alcázar.
115

¡Ay! ¿quién dijera que el mismo

que estas endechas alzaba,

hoy te tendría esperando

junto a la reja sentada?

Quebráronse sus razones:
120

¿qué mucho que se quebraran,

siendo tus rejas tan duras

y sus razones tan blandas?

Llora tus gustos pasados,

pobre azucena olvidada;
125

que nada borra en el mundo

lo que no borran las lágrimas.

Tal vez se apague llorando

el fuego de tus entrañas;

aunque el remedio es inútil
130

cuando el enfermo dio el alma.

Y puesto que entre las sombras

te sales a la ventana,

trocando el calor del lecho

por el rigor de la escarcha,
135

duerme entre el blando embeleso

de imaginaciones hartas;

que harto será el desengaño

que te traerá la mañana.

[85]

El modelo

Si al mundo dejar prendado

queréis con vuestra memoria,

asid, pintores, mal grado,

por los cabellos el hado,

y por las alas la gloria.

5

Este modelo os enseña

cómo han de ser las hermosas;

quien en copiarlo se empeña,

cual por encanto diseña,

en vez de mujeres, diosas.

10

Es el prodigio más raro

el bien que en el alma adoro;

cual nadie su gracia imploro,

y es justo que el más avaro

de cima al mejor tesoro.
15

Pintad su cintura leve,

blanco el cuello y sin aliño,

torneada la mano y breve,

la frente como la nieve,

y el pecho como el armiño.
20

Brotando desdén y amores,

pintad de sus ojos bellos

los transparentes fulgores... [86]

Seguid, y no estéis, pintores,

embebecidos en ellos.

25

Pintad la belleza suma

de la mejilla y la frente,

y aquella tez transparente

que el lustre roba a la espuma,

y su pureza a la fuente.

30

Seguid el rico traslado

sin que una nube sombría

deje su esmalte eclipsado;

que hasta un vapor delicado

empaña la luz del día.

35

¡Gloria a los hijos de Apeles,

que imitando este modelo,

entre las sombras del suelo

trasladan con sus pinceles

los serafines del cielo!
40

Esas imágenes bellas

tan vagas y transparentes,

que, murmurando querellas,

van deshaciendo las fuentes,

cuando apresuran sus huellas;
45

Esa forma vagarosa

con que en la noche soñamos

leve, aérea, vaporosa,

imagen voluptuosa

de la mujer que adoramos;
50

Esos fantásticos seres

que altiva forja la mente

de ángeles, luz y mujeres,

fruto de un alma que siente

sed de amorosos placeres;
55

Esa memoria importuna

que ardiendo en amantes llamas,

ve al resplandor de la luna

sirenas en la laguna,

y sílfides en las ramas;
60

Aquellos vagos ensueños

tan deleitosos y puros,

que nos cercan halagüeños,

nunca sombríos ni oscuros,

y casi siempre risueños;
65

Esas hermosas visiones,

que van en plácido vuelo

robando los corazones,

y pasan como ilusiones

entre la tierra y el cielo;
70

Y cuanto en vaga demencia

ardiente el alma delira,

cubriendo con apariencia,

de la verdad la existencia

la magia de la mentira:

75

Son la expresión verdadera

de ese divino traslado,

cuya ilusión hechicera

es fruto de una quimera

que la verdad ha adoptado.
80

[87]

El Cisne
La sombra

Pomposo, inconstante y vago,

un cisne, en formas apuesto,

mirando su sombra, enhiesto

cruza las aguas de un lago.

Y al ver en ellas su imagen
5

tan limpia, fúlgida y clara,

necio las algas separa,

porque su brillo no ultrajen.

Y sus contornos mirando,

con tal placer los divisa,
10

que hasta le estorba la risa

que forma el agua temblando.

Así, en liviana querella,

yendo y viniendo inseguro,

busca el remanso más puro,
15

junto a la orilla más bella.

Y allí se está en su locura

una hora y otra admirado,

viendo el perfecto traslado

de tan perfecta hermosura.
20

En las quimeras que fragua

mira su imagen pomposa,

mientras en calma reposa

la superficie del agua.

Y cuando el céfiro blando
25

la riza en grupos de espuma,

vano concierta su pluma,

a que se aquiete esperando.

Sigue en las aguas, flotante,

cualquiera ruta sin tino,
30

con tal que al ir su camino,

lleve su sombra delante. [88]

Hasta que leve pasando

alguna nube sombría,

eclipsa su gloria, impía
35

la luz del cielo eclipsando.

Sin que gallardos se curen

de poner coto a su orgullo,

por más que en doble murmullo

las ondas de ello murmuren.
40

Con plácidos movimientos

siguiendo su sombra bella,

va orlando las aguas ella,

y él herloseando los vientos.

En grato son, transparentes
45

mienten las aguas sonrisas,

húmedas suenan las brisas,

y alegres corren las fuentes.

Hasta que acaso importuna

densa una nube resbala,
50

que oculta toda su gala

al cisne, sombra y laguna.

Porque ligera pasando,

como apariencia ilusoria,

deja en eclipse su gloria,
55

la luz del cielo eclipsando.

-Cisne, que en blando embeleso

admiras tu pompa suma,

ve mirando

que en tu quimérico exceso
60

en cada estanque una pluma

vas dejando.

Y como el aura prosiga

en resbalar turbulenta

por tus alas,
65

no mires tu sombra amiga,

pues te dará triste cuenta

de tus galas.

Mirando al agua que corre,

no engrías el delirante
70

pensamiento,

porque es muy frágil la torre

que tiene al agua inconstante

por cimiento.

Del roble la alta corona
75

el aquilón rebramando

rompe bronco,

y los arbustos perdona

que están el puerto abrazando

de su tronco.
80

Si tus plumas adoradas

perdiendo vas una a una,

¿qué te queda?

¡Ay! que en sus vueltas calladas

todo lo huella fortuna
85

con su rueda.

La vanidad insensata,

como el águila altanera

toca al cielo,

y cuando menos se cata,
90

ve que camina rastrera

por el suelo.

¿De qué nos sirve que hermosa

la primavera de flores

vista al llano,
95

si luego en lumbre enojosa

la seca con sus calores

el verano?

¿A qué tu mente se sube

entre gloriosos desvelos
100

delirando,

si los eclipsa una nube,

la clara luz de los cielos

eclipsando?

Cuida que en alas traidoras
105

la vanidad no se encumbra

de tu mente,

y que del cielo que adoras

no te se cierre la lumbre

de repente.

110

Y puesto que el seso pierdes

tu dulce sombra mirando,

oye atento;

tal vez en tu juicio acuerdes,

el triste fin recordando
115

de este cuento:

«Entre los rudos cantares

que incierto el aire mentía,

cruzaba un cisne los mares

mirando su sombra un día.

Era una tarde serena,

en que las ondas calladas [89]

no escupen sobre la arena

conchas, ni piedras pintadas.

De esas tardes sin bramidos,
125

en que el alma no oye atenta

más que los ecos perdidos

de la pasada tormenta.

Toco a su término el día,

del mar bordando la alfombra
130

y viendo el cisne seguía

sobre las aguas su sombra.

Fuese la noche cerrando,

y en su constancia importuna,

quedo su sombra mirando
135

al resplandor de la luna.

Siendo ella su amante guía,

era, en su loco transporte,

cualquiera ruta su vía,

y cualquier rumbo su norte.
140

Y al seguirla, indiferente

cruzaba el mar al acaso,

ya del ocaso al Oriente,

ya del Oriente al ocaso.

Rizando el viento las olas,
145

vagos preludios ensaya,

y alza tiernas barquerolas

el marinero en la playa.

Lame, con plácido halago

sonando el mar, las riberas.
150

Mas ¡ay! que es sólo un amago

la mansedumbre en las fieras.

Que si mintiendo bondades,

se muestra el mar tan sereno,

es que hondas las tempestades
155

hirviendo están en su seno.

¡Quien mira las flores bellas

de las praderas olientes,

y cobijadas entre ellas

ciego no ve las serpientes?
160

¿Quién las naves anegadas

mira del mar en la orilla,

que entre sus ondas rizadas

bote su frágil barquilla?

¡Ay del osado que excede
165

a su valor con su intento!

Mucho se expone a que herede

sus esperanzas el viento.

Dígalo el cisne llorando,

que en su constancia importuna
170

quedó su sombra mirando

al resplandor de la luna.

Pues brotando de su centro

los vientos que el mar encierra,

a tan horrísono encuentro
175

tembló espantada la tierra.

Cegaron mil nubarrones

del cielo las luces bellas,

y vomitando aquilones,

toco la mar las estrellas.
180

El cisne agitó sus alas

para elevarse del suelo;

mas no advirtió que sus galas

volaban ya por el cielo.

Y do cifraba poco antes
185

todo su amor y ventura,

pese a sus alas flotantes,

el triste halló sepultura.

Por dar un vano alimento

a sus fantasías locas,
190

sus galas heredó el viento,

y su cadáver las rocas.

Más de una pompa tan suma,

de tan quimérica gloria,

no heredó el mundo una pluma

ni aun para escribir su historia.»- [90]

La esencia perdida

Y de la flor que a la mañana pierde,

como el alma su amor y su inocencia,

del viento a la merced en pompa verde,

y a la del sol su delicada esencia!

¿Qué le importa que, alegres en su vuelo,
5

la acaricien las auras sonoras,

si no vendrán con fatigoso anhelo

su esencia a respirar las mariposas?

Y a qué fin de sus hojas primitivas

guardar un resto, si fingiendo quejas,
10

la esquivarán, pasando fugitivas,

cual hierba venenosa las abejas?

Serán desde hoy sus inodoras galas

fácil matiz de la campestre alfombra,

pudiendo deleitar, de las zagalas
15

la blanca faz, con su amorosa sombra.

No verá más entre la niebla umbría

las tiernas magas derramando amores,

cuando bajen, aromas y ambrosía

a beber en las copas de las flores.
20

¡Ay del arbusto que se eleva erguido

a impulsos de la blanda primavera,

y es el oprobio del jardín florido

quien para ser su galardón naciera!

¡Malhadada la flor que en vano lucha
25

por aromar la brisa murmurante,

y un tierno adiós de gratitud no escucha

cuando deja su sombra el caminante!

Si pierden los capullos su ambrosía,

como el alma su amor y su inocencia,
30

plácida flor de la esperanza mía,

no pierdas, no, tu delicada esencia.

Pasa la vida delirando amores,

perdida en la ilusión de una quimera;

la esencia son de las tempranas flores
35

las ilusiones de la edad primera.

Tiende, bien mío, de tu mente el vuelo,

no imites en tu curso a los que viles,

por no asaltar en su altivez el cielo,

usurpan su mansión a los reptiles.

40

Aires más puros con afán busquemos,

dejando el valle, en el alzado monte,

y embebecidos desde allí miremos

sin límites ni fin el horizonte.

El rojo sol que los espacios dora

45

hollemos con el vago pensamiento,

porque bien sé que un paraíso mora

tras el turquí del azulado viento.

Y sé también que por allí cargados

se columpian los céfiros de azares,
50

que son los yermos deliciosos prados,

y lagunas pacíficas los mares.

Ni un áspid me contaron que se asoma

por entre el musgo de las lindas flores;

tiende allí el vuelo la gentil paloma
55

sin que tuerzan su curso los azores.

La Madre de los ángeles inflama

el corazón de amores más exento,

y hay un Pastor que a los apriscos llama

las perdidas ovejas con su acento.
60

Traspongamos los céfiros suaves,

pues sigue a los osados la fortuna,

que el águila es la reina de las aves

porque vuela más alto que ninguna.

Y cuando el mundo sin pesar dejemos,
65

por si algunos lamentan nuestra huida,

en pago de su amor les legaremos

el llanto que se vierte a la partida. [91]

A la reina Cristina
Ayes del alma

¡Italia!... ¡Italia!..., a tu angustiado seno

vuelve ya la deidad de ti adorada:

la trajo el iris, y la lanza el trueno,

cual hoja seca de aquilón llevada.

(JUAN DONOSO CORTÉS.)

Oda

Lleva en paz esa nave,

aura gentil que hacia el Oriente vuelas;

que nunca en pompa grave

a tu influjo suave

otra más rica aparejó sus velas.

Marca su rumbo incierto,

de Italia en las regiones apartadas

señalando su puerto,

por éstas que ahora vierto

lágrimas tristes de rencor preñadas.

10

Adiós, Reina querida;

si al ronco son del huracán que zumba

te abre la mar guarida,

yendo de muerte herida

feliz será en encontrar la tumba.

15

¿Por qué doliente mides

con esos ojos, que la paz vertían,

la tierra que despides?

¿Quién sostendrá las vides

que al dulce arrimo de tu amor crecían?

20

¿Por qué con pecho fiero

da a sus hijos la tórtola por padre

al infiel balletero

que amago carnicero

la blanca sien de la inocente madre?

25

Y tú, pueblo aguerrido

que la proscribes con ardor bizarro,

recuerda cuando uncido,

como alazán vendido,

llevarte Pudo a su triunfante carro.
30

Si dejaste beodo

la regia frente de baldón sellada,

nunca el imperio godo

debió ver por el lodo

de una mujer la dignidad ajada.
35

Aparta, infiel alano,

que osaste profanar con ira insana

de tu dueño la mano;

hoy te alzas soberano,

y un vil rufián te azotará mañana.
40

No apagues insolente

mi voz, porque la mísera fortuna

de una madre lamente,

que sofocó valiente

las sierpes que me ahogaban en la cuna.
45

En buen hora con saña

solemnices en orgía placentera

tu criminal hazaña:

¡gloria al león de España,

que el pecho hirió de una infeliz cordera!

50

[92]

Engríe tus pendones

agobiados de bélicas coronas:

quien venció Napoleones,

añada a sus blasones

la baja prez de proscribir matronas.
55

Y en tanto que serena

ría la mar, o que sus senos abra,

aduérmete sin pena

al bronco son que atruena

del yunque atroz que tus cadenas labra.
60

¡Ya abandonó a Castilla!

Cantad, hijos del Cid, la alta victoria;

en mí fuera mancilla,

magüer que cual Padilla

me agito en sed de libertad y gloria.
65

Al regreso de S. M. la reina doña María Cristina
Oda

Ya torna la que, viéndose ultrajada

-por enemigo bando,

de Valencia en las costas, irritada,

la corona abdicó de San Fernando.

¡Digna Reina del pueblo que, algún día
5

con su indomable tropa,

el mundo entero a prosternar salía

desde un rincón de la asombrada Europa!

Llegad por fin donde, en amor iguales,

ya os miran embebidos,
10

como signo de honor, vuestros parciales;

cual bandera de paz, vuestros vencidos.

Mostrad, para vengaros dignamente

de pasados agravios,

señales de perdón en vuestra frente,
15

palabras de piedad en vuestros labios.

Los que hoy al «bendeciros» os admiran,

de vos «benditos» sean:

pues «¡madre!» os llaman cuantos hoy os miran,

«¡hijos!» tan sólo vuestros ojos vean.
20

No piden sangre, no, las nobles almas

de muertos defensores;

el mártir de una Reina exige palmas;

el héroe de una dama exige flores.

Con harta gloria ha de contar su suerte
25

la venidera historia,

que si es, lidiar por vos, buscar la muerte,

morir por vos es alcanzar la gloria.

Y aunque vengar vuestra altivez quisiera

30 su inútil osadía,

¿qué existencia sus vidas redimiera,

ni cuál sangre su sangre expiaría?

A cuantos hoy con bárbaros enojos

conciten vuestra saña,

eternamente a sus voraces ojos
35

su lumbre les esquivé el sol de España.

Sed, cual fueron en bélicas edades

los grandes corazones:

fuelle de amor para manar bondades;

tumba inmortal para enterrar baldones.
40

Que no hay gloria en el mundo más cumplida

que ser, cual vos, Señora,

el genio del orgullo, si vencida;

el ángel del perdón, si vencedora.

[93]

El carro de la fortuna
A mis amigos

RUBÍ, DONCEL y VALLADARES

Llegad, los que os es dado

el carro avasallar de la fortuna,

y asaltado mal grado,

que pasa acelerado

el cerco amenazando de la luna.

La turba, que hormiguea

sobre él, acogotad, vengando el dolo.

Lanzada al orco sea

esa imbécil ralea

de tantos grandes en el nombre solo.
10

A la eminencia suma

trepad, lanzando en oblación cruenta

el tropel que la abruma,

y que viste de pluma,

del topo vil para ocultar la afrenta.
15

Caigan, pese a su lloro,

del pedestal do sin pudor subieron

las hembras sin decoro

que alas calzaron de oro,

y su virtud por escalón pusieron.
20

Abajo esos tribunos,

torpes ministros del doloso fraude,

que de su mal ayunos,

adulan importunos

al populacho vil que aullando aplaude.
25

A mí despedazada

de tantos héroes la corona baje,

antes que enmarañada

como prenda usurpada

del bosque quede entre el gentil ramaje.
30

Del carro desprendido

encima echad la ponderosa mole

sobre ese pueblo erguido,

que imita conmovido

con hondo afán la condenada prole.
35

-Marquen esos caballos,

fogosos siervos de la suerte impía,

con sus herrados callos,

a los que, cual vasallos,

con riendas de oro a su placer los guía.

40

[94]

Seguidlos arrojando

al seno de las sucias polvaredas;

y ora el carro ciando,

ora presto arrancando,

magullen siempre al criminal sus ruedas.

45

Sienta esa chusma osada

que en él subir a la maldad le plugo,

que del vicio hostigada,

tinta en sangre la espada,

ya la virtud se convirtió en verdugo.

50

Caigan en son horrendo

del desierto las cálidas arenas

con sangre humedeciendo,

hastío y pasto siendo

de hambrientos lobos y de ahitadas hienas.
55

Bajad con vituperio,

viciosos monstruos de infernal ralea;

ya cayó vuestro imperio,

que, orlando el hemisferio,

el pabellón de la justicia ondea.
60

[95]

La confesión

Y yo abismado en tanta maravilla,

con miedo reverente

cesos, y humilde inclino la rodilla,

y la devota frente.

MELÉNDEZ.

Ya el manso indócil, que en su error seguía

con inútil empeño,

torna a buscar la sal que le ofrecía

la mano de su dueño.

De la virtud abandone gozoso

el aterido llano,

porque otro el gusto me enseñó frondoso

a la siniestra mano.

En él probó con algazara loca

10 ámbares mi sentido,

ricos panales mi sedienta boca,

y sirenas mi oído.

Piloto audaz, con la inocencia mía

por exclusivo amparo,

torpe esquivé la soberana guía
15

del eminente faro.

Cuantas hollé risueñas a la entrada

alamedas, y llanos,

trocáronse, al volver de la jornada,

20 en inmundos pantanos.

Adonde el soto me forjé más bello,

me hirieron los abrojos;

las zarzas, arrancándome el cabello,

me azotaron los ojos.

Jamás calmé, por aliviar las mías,
25

las desdichas ajenas:

siempre faltaron a mis ojos días

para llorar mis penas.

Al poderoso sorprendí comprando

la inocencia con oro,
30

mas yo vengué su iniquidad, entrando

a saco su tesoro.

Mi triste corazón hirió atrevido

el brazo del más fuerte,

y el dardo asiendo de mi pecho herido,
35

di al contrario la muerte.

Pequé, Señor, porque amagaron fieros,

la sangre de mis venas;

dadme el perdón, o no apastéis corderos

adonde nacen hienas.

40

Hoy para siempre a vuestros pies se agotan

las furias de mi pecho,

pues ya agolpadas a mis ojos brotan

como volcán deshecho.

Feliz, si a mis errores juveniles
45

vuestra piedad alcanza:

¡bien la merece el que a los veinte abriles

ya perdió la esperanza!

A la virtud consagraré holocaustos,

50 y desde hoy, Padre mío,

esquivaré los mundanales faustos,

como la cumbre el río. [96]

Quedad con Dios, los que vagáis perdidos

del ancho mundo por la incierta vía,

que ahuyentando el sopor de mis sentidos
55

se eleva el sol, y con su luz me guía.

Quedad con Dios; y perdonad, pastores,

si alguna vez, sediento peregrino,

os agoté, calmando mis ardores,

la pura fuente del erial camino.
60

Dadme el perdón si en su cristal undoso

templé del sol las estivales llamas;

o si en el puerto, del laurel frondoso,

para abrigarme, desgajé unas ramas.

Y vos, seres, también, cuya inocencia
65

el pasto fue de mi amoroso intento,

dadme el perdón si, por gozar su esencia,

alguna flor os agostó mi aliento.

Eternamente os cantarán mis labios,

cual monumento a vuestras glorias hecho,
70

y amante fiel, para enterrar agravios,

en panteón convertiré mi pecho.

Quedad con Dios; mi ardiente fantasía

al cielo asciende entre gloriosa nube,

y en alas de su ardor el alma mía
75

purificada por los aires sube.

Recoge, cazador, el vil reclamo

que esfuerza en vano la falaz garganta,

pues ya esquivando tu engañoso ramo

el ruiseñor por las alturas canta.

80

[97]

Las ilusiones

A T...

Salud, claras centellas

que en giros halagüeños

vais guiando mis huellas,

leves como los sueños,

cual los ángeles bellas.

5

Por sendas sin espinas

arrastráis, dulces magas,

mis plantas peregrinas,

siempre en los aires vagas,

y siempre a mí vecinas.

10

Y ya que, uno por uno,

tal vencéis los fracasos

del destino importuno,

que en mis inciertos pasos

no tropecé en ninguno.
15

Por beneficio tanto,

dejad que sin pesares

os rindan en su encanto,

tierna mi voz, cantares;

dulces mis ojos, llanto.
20

Vos, con gesto risueño,

traéis al alma mía

con amoroso empeño,

quimeras por el día,

y por las noches sueño.
25

Vos templáis la venganza

de mis tristes memorias,

y en lisonjera holganza

vos renováis las glorias

de mi muerta esperanza.
30

Así entre ensueños de oro,

horas vivo serenas,

tierno guardando el lloro

para plañir las penas

de los tristes que adoro.
35

Y soy en mal tan fuerte,

pues que audaz no me espanta

con su rigor la suerte,

el único que canta

dando alcance a su muerte.

40

Salud, hijas del viento,

que tardas, o ligeras,

llegándoos a mi acento,

sois siempre mensajeras

de perenal contento.

45

[98]

Dejadle que en su brío

vuestra morada esquiva

cruce en blando extravío,

y, entre vosotras viva

el pensamiento mío.

50

-No separéis la mano.

en que feliz me aduermo,

cuidad con pecho humano

que más que no el enfermo

siente la herida el sano.

55

Seguid en banda espesa,

y no apaguéis el fuego

que ardiendo me embelesa;

seguid, por Dios, os ruego,

que cerca está la huesa.

Y en mis alegres días,

veréis que, aunque sin fausto,

presagios de alegrías,

os rindo en holocausto

las cantilenas mías.

65

Una lágrima a un recuerdo
A los Sres. D. José Safont y D. Mariano Barrio.

«Era una tarde sombría.

El aquilón rebramando

nuestras cabañas hería.»-

Así a sus hijos decía

una matrona llorando.

5

«Hender un canto la esfera

se oía plácido en tanto.

Mas ¡quién entonces creyera

que sólo de muertes era

vago preludio aquel canto!»

10

-Templad esa intensa,

tenaz pesadumbre,

y en torno a la lumbre,

mi madre, acudid;

y aunque algo os aqueje
15

tan triste memoria,

la trágica historia

contando seguid.

«Iban las olas mugiendo,

mientras las auras esquivas
20

seguían con dulce estruendo

en vago son confundiendo

aplausos, cantos y vivas.

»Y estaba azotando impío

el aquilón la ribera,
25

cuando entre el polvo sombrío

vi una carroza ligera

ganar las ondas del río. [99]

»¡Amaina, zagal! dijeron

su incuria al ver los pastores,
30

y aunque a su auxilio acudieron,

zagal, carroza y señores,

entre las algas se hundieron.

»¡Ay! con voz desfallecida

clamaron en mal tan fuerte,
35

como el que en rápida huida

mira alejarse la vida

en brazos ya de la muerte.

»Vierais entonces, fluctuando,

alzar a todos las palmas,
40

hondos gemidos lanzando,

con ansias de muerte dando

un triste adiós a sus almas.

»Y al ver a una madre en tanto

alzar a una niña al cielo,
45

me ahogo la voz el espanto,

y ciega cal entre el llanto

presa infeliz de tal duelo.»

-Templad esa intensa

tenaz pesadumbre,
50

y en torno a la lumbre,

mi madre, acudid;

y aunque algo os aqueje

tan triste memoria,

la trágica historia
55

contando seguid.

«A vueltas de mi extravío,

oí con triste lamento

gritar: ¡Adiós, amor mío!

mientras que ahogaba este acento
60

con sus murmullos el río.

»Era un esposo, que impía

a puerto ya de bonanza

una infiel mano impelía,

y al ver a la esposa hacía
65

exequias a su esperanza.

»¡Adiós! el triste llorando

clamaba con voz doliente:

y, ¡para siempre! gritando

seguía, entre el polvo ajando
70

desesperado la frente.

»¡Y cuál su dolor sería,

cuando él en trance tan fuerte

a su esposa ¡Adiós! decía,

y ella ¡Adiós! le respondía
75

desde el umbral de la muerte!

«¡Ay! cuando en tropel se hundieron

y ya con tez amarilla

las yertas palmas tendieron,

¿dónde sus ramas tuvieron
80

los álamos de la orilla?»

-¿Qué lástima el verlos

ahondarse sería!

-¡Cuánto ¡ay! llenarla,

vagando, el confín!!
85

-¡La niña que alzaba

su madre en las manos!!!...

-¡Lloremos, hermanos,

su trágico fin!

A orillas del Nalón

¡Cómo, al vagar la mente,

lástima inquieta el corazón llagado!

¿El ánima doliente,

llora por lo presente,

o suspira tal vez por lo pasado?
5

Ya de añejos dolores

nos señala el arpón, o ya renueva

recuerdos seductores,

ya de gustos de amores

la antigua miel entre ilusiones prueba.
10

Ora, al cielo vecina,

su curso, audaz, a los planetas marca;

ya al abismo declina;

ya a par del sol camina,

y el ancho espacio de la luz abarca.
15

¿Qué buscará en la hondura

de esas sonantes y apacibles olas,

que con planta insegura

llevan su linfa pura

arrastrando entre lirios y amapolas?

20

[100]

Tal vez cuando sus huellas

multiplican los brillos halagüeños,

sus imágenes bellas

se parezcan a aquellas

que audaz forjaba en mis dorados sueños.

25

Si en óptica ilusoria

las remedan tan frágiles perfiles,

quiero aumentar mi gloria,

trayendo a la memoria

los sueños de mis años juveniles.
30

Corred por las campanas,

fáciles ondas, derramando albores,

y al pie de las montañas

seguid entre espadañas

trocando en perlas las brillantes flores.
35

En plácidos concentos,

por el soto tendes las limpias huellas,

conjuraré los vientos

porque no borren lentos

esa copia de imágenes tan bellas.

40

Y si el aire el encanto

borrarse de esos cuadros halagüeños,

consuéleos mi quebranto,

porque también el llanto

borra el tropel de mis amantes sueños.
45

¡Oh, si mi frágil nave

pudiese por lo menos sus antenas

dar al aire suave,

para que el peso grave

cruzase un mar de linfas tan serenas!
50

Llevadme, ondas queridas,

por vuestro raudo y celestial camino;

si es por sendas floridas,

no importa que perdidas

a morir caminéis al mar vecino.

55

Que con queja importuna

jamás, en congojosa pesadumbre,

maldigo la fortuna,

sea el sol o la luna

quien el camino de mi muerte alumbre.

60

Al término toquemos,

antes que hollar en nuestro rumbo abrojo;

cuanto más caminemos,

por las prendas que amemos

menos ofrendas verterán los ojos.

65

Llebadme, ondas serenas,

no quiero, atravesando de corrida,

que vaya a duras penas

la sangre de mis venas

enlutando la senda de mi vida.

70

[101]

[101]

En la Cartuja de Burgos

A B...

Oda

Paso a la imbecil plebe

que, detestando en su abyección la gloria,

tiende su brazo aleve,

y a desplomar se atreve

cuanto en cien siglos hacinó la historia.

¿Y en nombre de qué culto

ciega esa plebe la orfandad derrama?

«¡Paso! y quede insepulto

el que con loco insulto

odie la grey que libertad proclama.»
10

Vengan, pues que perjura

la libertad tan bárbaros caminos

allana en su locura

a esa falange impura

de incendiarios, traidores y asesinos.

15

Derrocad sin concierto,

muchedumbre sangrienta de villanos;

sólo en este desierto,

como en oculto puerto,

un templo os queda en que poner las manos.

20

[102]

Míralos ya, alma mía,

levantar, cual en torpes lupanares,

alta y soez orgía

aquí, do ayer se oía

el sublime cantar de los cantares.

25

Con las tuyas mezclamos

nuestras teas, mi bien, pues ya incendiaron

los ídolos que vemos:

el pedestal quememos,

ya que sobre él a nuestro Dios quemaron.
30

Ven, que sin noble valla

aquí sus fuegos saciará brutales

el corazón que estalla,

cabe la ruin canalla

que hundió cadalsos para alzar puñales.
35

Ven, que aunque ayer oramos

ante ese altar que derrumbado humea,

de él nuestra alfombra hagamos;

con esto escarnezcamos

la vil generación que nos rodea.
40

Y si en el trance impío

al ver mis ojos destrucción tan fiera

vierten de sangre un río,

no los seques, bien mío,

vierta el dolor lo que el puñal espera.
45

Alza, don Juan segundo,

deja asolar tus fúnebres aprestos,

que, en su rencor profundo,

ese tropel inmundo

si no halla sangre, aventará tus restos.

50

¡Fuego, embriagada tropa!

Talad, brindando por el culto íbero,

tinta en licor la ropa:

ayer en esa copa

la sangre se libaba del Cordero.
55

¡Ah! desde hoy nuestros brazos,

¿en qué altares, con mística porfía,

formarán tiernos lazos?

Vedlos aquí en pedazos.

¡Rotos pedazos, ¡ay! del alma mía!
60

[103]

El primer amor
Alegoría. -A P...

Ay del que, ahogando congojas,

funda sus gustos y amores

en el verdor de unas hojas,

o en el matiz de unas flores!

5 Dígalo en tristes endechas,

pese a tan crudas memorias,

la que entre flores deshechas

vio por el aire sus glorias.

Un plácido almendro estaba

viendo una niña en su anhelo,
10

que con su pompa afrentaba

toda la pompa del cielo.

Seguía al árbol mirando

con afición importuna,

hora por hora contando
15

sus galas una por una.

Mas ¡ay! que tanto ornamento

costó a su pecho afligido,

cada capullo un lamento,

y cada flor un gemido.

20

-¿Por qué los lánguidos ojos

amante en el árbol fijas,

antes de ver con enojos,

niña, las sierpes y abrojos

que con las plantas cobijas?
25

¡Ay! pese a tu amor, repara,

en tus delicias extremas,

que ya la fortuna avara

dejo sin ídolo el ara

adonde tu incienso quemas.
30

Conjura el cierzo sombrío,

porque de flores tan bellas

marchitará el atavío,

desvaneciendo, amor mío,

tus ilusiones con ellas.

35

¿A qué el abril de tus años

consagras, niña, a unas flores,

si no has de evitar los daños

que causan los desengaños

de los primeros amores?

40

¿Si pensarás por ventura,

embebecida en la calma

de tu amorosa locura,

que las heridas del alma

cualquier remedio las cura?

45

¿Y qué harás, dueño querido,

cuando de las nubes fieras

oigas el ronco estampido,

tú que jamás has oído

más que balar las corderas?
50

Nunca sentiste encontrados

revolotear los ambientes

por los espacios lanzados;

pues siempre viste en los prados

adormecidas las fuentes:
55

Y ¡ay, si a torrentes bramando!

el agua va por las cuestas,

los mármoles desquiciando,

en su furor trasportando

los bosques a las florestas!

60

Pon término a tus locuras,

que los volcanes revientan,

en las soberbias alturas,

donde las flores más puras

eterno al mayo sustentan.
65

Cuando apacible rompieses

en amorosos cantares,

no has de olvidar si pudieres

que siempre son los placeres

la cuna de los pesares.
70

Y ya en el trance postrero,

será inútil que cobarde

dé el labio un ¡ay! lastimero.

¡De qué valdrá el mensajero

si ya el perdón llega tarde!-
75
[104]

Una a una, hora por hora

contaba las flores bellas,

hasta que un día a la aurora

halló el arbusto sin ellas.

Entre sus alas llevaron
80

toda su pompa liviana

los céfiros que pasaron

a recibir la mañana.

Vio entonces entre suspiros

del primer mal el trasunto,
85

y cuantas vueltas y giros

da la fortuna en un punto.

Mirando el árbol desierto

da riendas al lloro en tanto.

¡Siempre es el último puerto
90

de nuestras cuitas el llanto!

¡Así el hojoso ornamento

costó a su pecho afligido,

cada capullo un lamento,

y cada flor un gemido!
95

¡Mas de cuánta ilusión y cuántas flores

se orlaran ¡ay! nuestros primeros años,

si los cierzos calmaran sus furores,

y acotara el amor sus desengaños!

Llora del viento el desamor injusto;
100

lloremos, sí, nuestro fugaz aliño,

porque también el destrozado arbusto

la imagen es de mi primer cariño.

Y cuantas almas el dolor devora,

vengan también a lamentar conmigo
105

a viudez de la tórtola que llora

al pie del árbol de su amor testigo.

Es digna, sí, de fraternal consuelo,

la pobre niña, que mirando sólo

como un almendro engalanaba el cielo,
110

no oyó los austros conmover el polo.

Una senda de flores sin espinas

soñó la triste en su ilusión primera,

pero ajadas sus plantas peregrinas

ya ensangrentó la desigual carrera.

115

¡Blandos favonios del templado estío,

un cisne socorred de blanco seno,

que al avanzar hacia el cristal del río

cayó a la orilla entre el hedor del cieno!

¡Descended, serafines, de la altura,
120

y unas alas prestad a esa paloma,

que ya entre el musgo la serpiente impura

a devorarla sin piedad se asoma!

¡Vagad, ayes del alma, en son de duelo,

paz demandando al Hacedor divino,
125

para el arcángel, que al tornarse al cielo,

tocó en el mundo porque erró el camino!

Tal vez en su inocencia no creía,

al amainar su vuelo acelerado,

que el paraíso terrenal cubría
130

la mácula afrentosa del pecado.

Vuestra mano, Señor, sea la gula

de esa inocente, que angustiada llora,

que al despedir al sol dichosa un día,

se halló infeliz al asomar la aurora.
135

Y si basta de lágrimas un río

para que oigáis su angelical querella,

puedan lograr su redención, Dios mío,

las muchas ¡ay! que derramé por ella.

[105]

El juicio final
Fantasía

- I -

Anuncio del juicio final a los espíritus malignos. -Lamentos del ángel malo. -Postrer ardid del infierno.

Así Luzbel exclamaba,

mientras le oía confuso

aglomerado el infierno

en espantoso tumulto:

«Mañana, cuando las llamas
5

bajen del cielo a diluvios,

y, vomitando tormentas,

sombras aborte el profundo,

tumba fatídica siendo

en encontrados disturbios
10

las llamas, de las tinieblas,

y éstas, de aquéllas sepulcro;

y desquiciados los orbes,

por los espacios cerúleos,

ya con la llama abrasados,
15

ya entre las sombras ocultos,

amenazando caldas

perdidos vaguen sin rumbo,

al ruido de la trompeta

que anuncie el final del mundo;
20

el orbe donde nacimos

asediaremos sañudos,

para vestir los despojos

de los que en el fueron justos,

y en alas de su pureza,
25

los nuestros dejando impuros,

a juicio pareceremos

de Dios ante el trono augusto.»

Al nombre de Dios heridos,

como al poder de un conjuro,

30

se dispersaron inquietos

los condenados en grupos,

hondos gemidos lanzando

de eternos ecos preludios;

y de la atroz gritería

35

al descompuesto murmurio,

despiden rayos sus ojos,

fatal emblema de orgullo,

restos de glorias pasadas,

y de alto origen trasunto.

40

«Tremendos sobre nosotros,

siguió Luzbel, uno a uno,

entre martirios sin cuento [106]

pasaron lustros y lustros,

sin que el dintel de los cielos

45

jamás tocásemos puro,

aunque a sus puertas llamamos,

ya humildes, o ya sañudos,

ora con fieros enojos,

ora con llanto importuno;
50

pues siempre de sus albores

ciegos nos dejó el impulso,

sin que a atenuarlo bastase

de nuestros antros el humo;

siendo al medir las esferas
55

en desesperados tumbos,

de su clemencia el escarnio,

y de su gracia el insulto.

¡Oh! si nuestra alma rebelde

jamás adoro al Dios sumo,
60

al ceno vil aferrada

por el imán de los gustos;

y si en prisión afrentosa

nuestro divino atributo

la infame cárcel del cuerpo
65

ató con lazos robustos,

¿por qué Dios, fuente de gracia,

de su emanación verdugo,

condenó a eterno martirio,

en su justicia sañudo,
70

al alma que encadenada

alzarse al cielo no pudo?

Ganad, hijos del infierno,

pese a los buenos el hurto,

y antes que el orbe aniquile
75

del juicio el terrible anuncio,

los restos con que piadosos

rindieron al cielo cultos,

tal vez porque sus sentidos

nunca en su afán iracundos
80

contra el imperio del alma

se amotinaron impuros.

¡Sus!»

Y enderezando al orbe

los condenados su rumbo,
85

aun no colgaban los aires

las negras sombras de luto

cuando en tropel se apostaron

en los confines del mundo.

- II -

Llamamiento. -Descripción del juicio final.

¿Cuál fúnebre estampido
90

conturba los revueltos horizontes,

que a su fragor el orbe estremecido

lanza de sí cual átomos los montes?

¿A dónde en ronco estruendo

los mares desbordados,
95

rugientes van la inmensidad midiendo

de planeta en planeta despeñados?

Por el espacio errantes,

perdido el rumbo de su giro eterno,

los astros rutilantes,
100

las sombras inflamando del infierno,

cayendo van desde la empírea cumbre

en ciego parasismo,

mientras nubes espesas

se alzan sin fin del tenebroso abismo;
105

y en remolinos fieros

ruedan despedazados

en amalgama universal mezclados

llamas, cometas, sombras y luceros.

Hirió la trompa al resonar la esfera,
110

y en sus impuras fauces dejó ahogado

el ¡ay! desesperado

que ronca alzó la humanidad entera.

Id a juicio, mortales,

sin contener el indolente paso;
115

caminad a sufrir eternos males,

o eternos bienes a gozar acaso.

¡Ay si al tornar con ánimo doliente

los ojos desolados

hacia los gustos del amor pasados
120

rojo el pudor os encendió la frente!

Seguid llorando con dolor profundo

vuestro eternal quebranto,

ya que alegres tuvisteis en el mundo

tan en desuso el llanto.
125

Ajenos de esperanza,

en vaga lontananza [107]

el arcángel oíd, que en presta huida

grita, al cruzar la inmensidad inerte:

«¡Ay del que a Dios no consagró su vida!
130

¡Ay del mortal que lo olvido en su muerte!»

Seguid, prole maldita,

sin mundanos deseos,

con ánima contrita,

135 a rendir el espíritu en ofrenda

de impuros devaneos,

caminad sin rodeos:

no hay sagrado a que huir; ésta es la senda.

Id y arrojad, monarcas de la tierra,

140 en oblación amarga,

esa humilde corona

que de alta prez en vuestra sien blasona,

y no a los hombros, en mundano exceso,

con tan inútil carga

no pudiendo marchar dobléis el peso.
145

¿Por qué ocultáis entre las manos bellas

las frentes de jazmines,

vos que brillasteis sin pudor en ellas

radiantes de hermosura en los festines?

Id, con los ojos falsamente enjutos,
150

torpes matronas de insondable pecho,

donde os esperan los bastardos frutos

del profanado lecho.

En hombros de los ángeles alzado

ved de Dios el asiento,
155

y como ya a su acento

deja veloz las no acotadas puertas

de par en par la eternidad abiertas.

Maldecid, turba vil, en mal tan fuerte,

vuestra existencia entre el placer perdida.
160

¡Ay del que a Dios no consagró su vida!

¡Ay del mortal que lo olvidó en su muerte!

- III -

Transformación y ascencimiento de los pecadores. -Ayes de los justos. -Preponderancia del cuerpo sobre el imperio del alma.

Y alzándose de las tumbas

al universal crujir,

van en sus cuerpos las almas
165

cruzando el aire sutil.

Y cuando algunas, ya altivas,

tocan del cielo el confín,

otras, rastreras, el polvo

miden con hondo gemir,
170

pues de sus restos antiguos

con ansia inquiriendo el fin,

en vano, hozando sepulcros,

discurren aquí y allí

hasta que al murmullo ronco
175

de un satánico reír,

escuchan sobre los aires

clamar a Luzbel así:

«Con nuestros restos a juicio,

almas dichosas, venid,
180

ya que en los vuestros nosotros

vamos con vuelo gentil.

Y a fe que prendas tan leves

son fáciles de subir,

mientras que torpes las nuestras
185

pegadas al cieno vil,

tal vez a ascender se nieguen

por círculos de zafir;

y si en tal caso os agobian,

lo que sufrimos, sufrid.»
190

Dijo; y conformes los buenos

con tan infernal ardid,

visten sus formas humildes

ayes lanzando sin fin.

¡Ay que ignoráis resignadas,
195

almas de origen feliz,

que los sentidos rebeldes

en espantoso motín,

también las almas aferran

como esas que veis subir;
200

y espíritu y carne entonces

luchando en abierta lid,

suele a la impura materia

rendirse el alma servil! [108]

¡Vos que cruzasteis el mundo
205

con formas de serafín,

sin que sintieseis el fuego

de las pasiones hervir,

aun no sabéis cuál marchita

de nuestra edad el abril,
210

el ansia de las potencias,

cuando guerreando entre sí,

ansioso busca el oído

profanos sonos que oír,

ebrios de placer los labios
215

otros labios de rubí,

fantasmas de amor la mente

de misterioso perfil,

lumbre que admirar los ojos,

sendas el pie que seguir;
220

y en tan inciertos deseos,

y en tan encontrada lid,

aquí anhelando placeres,

llorando gustos allí,

llevan al alma aferrada
225

tras de la materia ruin,

para concederla sólo

la libertad al morir;

¡y entonces Dios la destierra

donde por siglos sin fin
230

padezca, porque no pudo

en su dolor resistir!

Mas vos, con fervor divino

mil veces mas fuerte y mil,

con esos viles despojos,
235

almas dichosas, subid.

Y suben, mientras aun se oye

por el desierto confín:

«Y si en tal caso os agobian,

lo que sufrimos, sufrid.»
240

- IV -

Vencimiento del espíritu por abyección de la materia.

Y apenas en sus leyes sacrosantas

Dios decretó la universal discordia,

a la turba infernal miro a sus plantas,

gritando en hondo afán: ¡Misericordia!

«Silencio, vil tropel, de Dios maldito;
245

tarde la gracia del Señor granjeas.»

Y la turba infernal alzando el grito,

repite sin cesar: ¡Bendito seas!

«¿Por qué los ojos a mi luz no esconden

deslumbrados los hijos del profundo?»
250

Y a las palabras del Señor responden:

¡Paz y salud al Redentor del mundo!

«¿Son éstos los que en ciego desvarío

jamás tornaron a su Dios los ojos?»

«Los mismos son; pero piedad, Dios mío»,
255

clamó Luzbel, y se postró de hinojos.

«Si olvidados de vos ayer seguimos

tras el cebo carnal de nuestros gustos,

hoy redención a demandar venimos

con las prestadas formas de los justos.
260

¿A qué al infierno desterrar sañudo

el alma de estos míseros nacidos,

si siempre débil contrastar no pudo

el impuro motín de los sentidos?

¿Ni cómo ante su Dios se postraría,
265

en cárcel mundanal el alma presa

quien recibió de la fortuna impía

torpe la lengua y la rodilla aviesa?

Si los que alzasteis compasivo al cielo,

con nuestras formas vuestro ser adoran,
270

¡ay de los tristes que en su amargo duelo

a vuestros pies arrepentidos lloran!»

«Venid, -dijo el Señor-, mis escogidos.»

Y un ¡ay! se oyó que conmovió el profundo;

mientras suena en los aires esparcidos:
275

¡Paz y salud al Redentor del mundo! [109]

- V -

Imperfección humana. -Rebeldía de los sentidos. -Lucha del espíritu y la carne.

Presentes los escogidos

ante el Señor que los nombra,

con hondo afán arrastrando

de los demonios las formas,
280

sacrílegos a sus ojos

alzan la frente orgullosa,

y ni le acatan altivos,

ni irreverentes se postran;

antes blasfemando ateos
285

gritan del cielo con mofa,

en el aspecto divino

la faz encarando torva:

- ¡No hay Dios! -Y la atroz blasfemia

rodando de boca en boca,
290

siguen impíos gritando

en confusión espantosa:

-¿Qué niebla ver, importuna,

la luz del cielo me estorba,

que así a vivir me condena
295

entre el horror de la sombra?

-¿Cuál torpe sueño las alas

de mi pensamiento agobia,

que noble a inquirir su origen

jamás el vuelo remonta?
300

-¿A dónde está la morada

de esa Deidad misteriosa,

que todos su ser conocen,

y todos su esencia ignoran?

Y Satanás imprecando
305

al Dios que rendido implora:

¡Hasta los ángeles, grita,

con nuestras mundanas formas

dudan de vos, y os maldicen,

cuando brilláis con más gloria!»
310

Y a su voz siguen los malos

gritando: ¡Misericordia!

Y a sus impuras blasfemias

ciegos los angeles tornan.

-¿Por qué, si sucio, tan sólo
315

impresos en mi memoria

los sueños profanos quedan,

y los divinos se borran?

-Nada los hondos misterios,

de la religión me importan,
320

si ofuscan mi entendimiento,

y si mi razón sofocan.

-Venid en tropel, deleites

de las ya apuradas orgías,

a ser el pasto continuo
325

de mis esperanzas locas.

-Blancos compases midiendo

sobre las ricas alfombras,

leves mis plantas se ensayan

en danzas voluptuosas.
330

-Liviano mi pensamiento

sujeta a pruebas gustosas

imágenes de deleite

que mi entendimiento aborta.

-¿Cómo las furias del cielo,
335

cuando de airado blasona,

son para mi pecho dardos

que, antes de herirlo, se embotan?

Y en su ignorancia ofuscados,

más las blasfemias redoblan,
340

mientras que Dios entre un velo

sepulta la faz gloriosa: [110]

-Ebria de goces ansía

ricos panales mi boca.

-¡Qué músicas mis oídos
345

vienen a herir sonoras!

-Profano lechos, a impulso

de estímulos que me acosan.

-Dejan marchito y sin vida

a cuanto mis manos tocan.
350

-Arden de amor mis sentidos.

-Es la virtud una sombra.

-Iguales son Dios y el caos.

-No hay más placer que la gloria.

-Falta la luz a mis ojos.
355

-Sueños impuros me acosan.

-¡Oh, qué tormento es la duda!

-¿Quién es Dios?- ¡Misericordia!

- VI -

Hastío de Dios en su mejor obra. -Aniquilación de las criaturas.

«Silencio, -exclamó Dios-, vil criatura,

grosero aborto de miseria y llanto
360

en quien es siempre la materia impura

cárcel y afrenta de tu origen santo.

Maldigo en ti mi predilecta hechura.»

Y descorriendo el vaporoso manto,

al vivo resplandor de una mirada
365

ángeles y demonios fueron nada.

- VII -

Sentencia. -Nueva creación del hombre. -Atributos de la especie humana. -Vaguedad de la existencia.

«Vuelva a su ser lo creado;

y de hoy por siempre estará

entre su Dios y los hombres,

mediando la eternidad.

370

»Será un informe trasunto

de la aniquilada ya,

la raza humana que el orbe

vuelva entre llanto a poblar.

»Con honra de imagen mía,

375

de barro el cuerpo tendrá;

y el alma perecedera,

con alientos de inmortal.

»Toda su ciencia y su gloria

dudas y sueños serán,
380

y el galardón de sus penas

la cruda muerte, y no más.»

Dijo el Señor, y a su acento

llenó sus cauces la mar,

y las alturas ganando
385

en armonioso compás,

por sus azules esferas

se vio a los astros girar.

Y como a vueltas de un sueño,

levísimo por su faz
390

sintió resbalar un beso

entre ilusiones Adán,

creyendo ver en los aires,

en éxtasis celestial,

una visión milagrosa,
395

que cada vez más y más

se fue alejando entre nubes

del bajo edén terrenal,

hasta que al fin quedo entre ambos

mediando la eternidad.
400

Agradecido al don triste

de la existencia falaz,

al cielo humilde las palmas

alzo postrándose Adán,

mas no hallando en su desvelo
405

ídolo ante quien orar,

y creyendo del acaso

fruto su vida quizá,

vino la hiel de la duda

su corazón a amargar,
410

y el don funesto maldijo

de su existencia fatal,

hasta que viendo a Eva al lado

que con sonrisa fugaz

sus dudas y desvaríos
415

troco en amoroso afán,

el bien del alma olvidando

por el placer corporal,

se prosterno desde entonces [111]

ante la humana deidad;
420

y sin que de su alto origen

quisiese el fin deslindar,

ni ver del hondo sepulcro

un término más allá,

dudas, miserias y llanto,
425

ahogo entre el placer carnal,

llanto, miserias y dudas

legando a la humanidad.

Así el hombre, de la vida

la senda cruzando erial,
430

siembra al pasar ilusiones,

y engaños cogiendo va;

y en curso errado, siguiendo

de su apetito el imán,

le asedian aquí pesares,
435

remordimientos allá;

y en guerra consigo mismo,

y consigo mismo en paz,

goza siguiendo la dicha,

sin alcanzarla jamás;
440

y así en encontrados rumbos,

atormentándole van

delante las ilusiones,

y los recuerdos detrás.

Y muerto de la esperanza
445

el consolador fanal,

siguen los hombres su ruta

con solícito ademán,

esperando aquí una dicha,

allí esquivando un azar,
450

viendo siempre el bien lejano,

y cerca sintiendo el mal;

y prosiguiendo el camino

que hollaron a su pesar,

de dónde vienen no saben,
455

e ignoran a dónde van.

Entre el error y la duda,

sin norte que brujulear,

ciegos caminan a veces,

en parasismo mortal,
460

llamando gloria a la pena,

padecimiento al solaz,

a la verdad la mentira,

y a la mentira verdad.

Y a veces por la fe herido
465

sucumbe el genio del mal,

y otras rueda el fanatismo

luchando con la impiedad;

y así en abismo espantoso,

entre creer y dudar,
470

incierta a su fin camina

la abyecta prole de Adán.

¡Ay de vosotros los tristes

que en tan proceloso mar,

luchando con las tormentas
475

sin esperanza bogáis,

sabiendo por vuestro daño

que de la ruta al final

sólo será vuestro premio

la cruda muerte, y no más!

480

Y vos, los que en sueños vagos

de eterna felicidad

creéis de vuelo, en muriendo,

sobre los aires pasar,

¿qué galardón, miserables,

485

por fe tan ciega esperáis,

si está entre Dios y los hombres

mediando la eternidad?...

- VIII -

Desaparición del Criador. -Último adiós a la esperanza.

Así acabaron las glorias

DE UN MUNDO QUE YA PASÓ;
490

y al ver a las criaturas

aniquiladas su Dios,

el ceno tocó, y del centro

se alzó Adán entre su hedor,

y un beso sobre su frente
495

para animarle estampó.

Y viendo tan vil hechura,

trasunto de otra mejor,

la faz al último cielo

por no mirarla tornó;
500

y una lágrima derrama,

glorioso emblema de amor,

que al descender ardorosa

sobre la cima del sol,

evaporada a sus rayos
505

en nube se convirtió.

Y alejándose escondido

entre el augusto vapor, [112]

avergonzado su hechura

por última vez miró,
510

hasta que entre ambos, doliente,

en faz de eterno dolor,

con su poder invisible

la eternidad arrastró.

¿Y para siempre apartado
515

de vuestro seno, gran Dios,

no probare las delicias

de tan inefable amor?

¡Loco de mí, que corriendo

tras una y otra ilusión,

520

iba ganando el sepulcro

con infatigable ardor,

el término de mis penas,

y de mi fe el galardón,

creyendo en mis desvaríos
525

ver al través de su horror!

Mas ya por la misma senda

tan sin esperanza voy,

que falta en torpe letargo,

en mi juventud precoz,
530

el vuelo a mi pensamiento,

y el ansia a mi corazón;

y sin admirar cantando

vuestra grandeza, Señor,

falta entusiasmo a mi pecho,
535

y falta canto a mi voz.

Y pues que en vano me canso,

id, esperanza, con Dios,

y apagad de vuestra antorcha

el peregrino fulgor,
540

que aquí me quedo llorando

de mis cantares al son,

una jornada perdida,

huyendo de otra peor.

Y aunque impía me engañaste,
545

sepultando mi ilusión,

al llevarme fascinado

con tu destello traidor,

recibe el último vale

del que te da su perdón
550

desde este páramo yerto

donde no nace una flor.

¿Y a dónde vos, engañados,

en tan ciega confusión,

camináis, hermanos míos,
555

treguas prestando al dolor?

Si vais como yo marchando,

lleno de fe el corazón,

creyendo tras el sepulcro

pasar a vida mejor,
560

doblad como yo la frente

tened el paso veloz,

que por sentencia de Él mismo

para nosotros no hay Dios.

Mas no, seguid vuestra senda
565

el mágico resplandor

con que la dulce esperanza

vuestra niñez alumbró,

¡y oh, si afanado corriendo

de vuestras huellas en pos,
570

por su destello alentado

podiera seguiros yo!...

[112]

Muertos y vivos
Bacanal. -Coro bailable.

Hoy vienen, dejando

las tétricas huesas,

de muertas promesas

las almas en pos.

¡Ahogad las creencias;
5

cerrad la ventana.

que vuelvan mañana

benditas de Dios!

Bailad, que las luces

al orco se lanzan,
10

y negras avanzan

las sombras detrás;

Y alzando alaridos

al viento que atruena,

las almas en pena
15

nos hacen compás.

Miradlas, al ruido

de cien cascabeles,

poblar los dinteles

del regio salón.
20

Huid, prole inmunda,

y ahogad los gemidos:

que a muertos y a idos

no hay fe ni pasión.

Tal vez nos demanden
25

antiguas promesas:

mas hoy ni por esas

la fiesta ahogaran.

Bailad, que sus prendas

al ver inconstantes,
30

los muertos amantes

de rabia se irán.

Oíd cual mi nombre

maldicen crueles...

¡Amantes infieles,
35

un trago por mí!

Bailad, y que sigan

las almas su vuelo;

si estorban al cielo,

nos sobran aquí.
40

Si vienen a hacernos

tan frívolo cargo

de un viaje tan largo,

bailad, y hagan dos.

¡Ahogad las creencias;
45

cerrad la ventana:

que vuelvan mañana

benditas de Dios!

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

